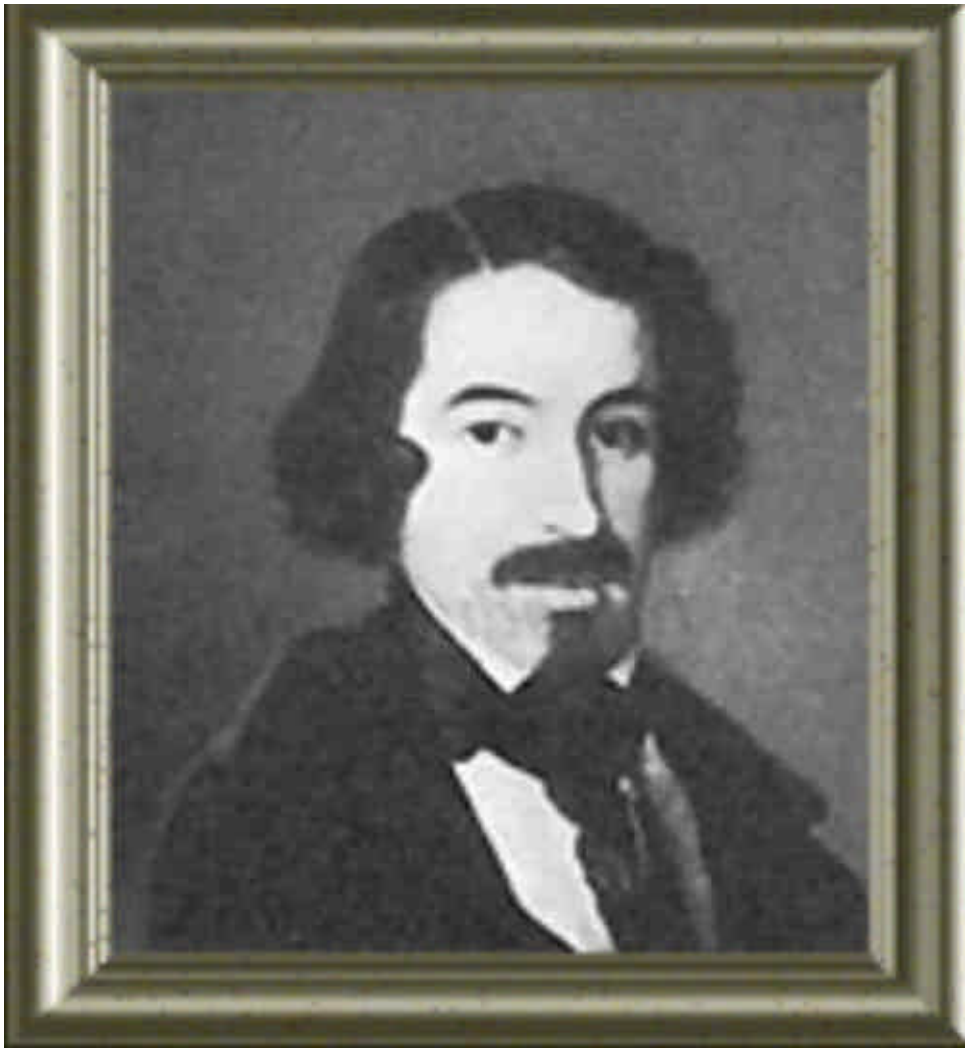
LIBRO dot.com

Ni el tío, ni el sobrino

José de Espronceda



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Personajes

DOÑA PACA

LUISA

DON MARTÍN

DON CARLOS

DON JUAN

EUGENIO

AMBROSIO

Acto primero

ESCENA PRIMERA
DON MARTÍN, AMBROSIO

DON MARTÍN. Conque di, ¿has visto a esas damas?
AMBROSIO. Sí, señor, y me dijeron
que los zapatos estaban
que ni pintados.
DON MARTÍN. Entiendo.
¿Y dijeron algo más?
AMBROSIO. Que el color de los pañuelos
merinos y los brillantes
del consabido aderezo
mostraban tener buen gusto,
y que es usted en extremo
generoso, y sobre todo
galán y buen caballero.
DON MARTÍN. Todo es gastos y más gastos.
AMBROSIO. Dijeron también...
DON MARTÍN. Dijeron.
¿Qué han de decir que no sea
todo lo que me merezco?
AMBROSIO. Se entiende.
DON MARTÍN. Pues ahí es nada
los infinitos obsequios
que a cada instante les hago,
y sin costarles dinero
tener en mi misma casa
habitación, gasto hecho,
criado, mesa, regalos,
lacayo, coche y cochero...
Bien es verdad que Luisita
es un dije y un modelo
de honestidad y de gracias,
y su madre... es un portento
la educación que le ha dado.
Yo cada vez que la veo
siento un placer, una cosa
tan agradable, un contento,
que, aunque a la verdad, no estoy
para tirar el dinero,
lo estoy con menos trabajo
cuando por ella lo empleo.
AMBROSIO. Todo Madrid está absorto

con usted; en los paseos,
en las tertulias, en todas
partes usted es el cuento
del día; unos alaban
el maravilloso ingenio
de usted, su gala, su porte,
su gracia y gallardo gesto;
todos haciéndose lenguas
en alabanza del genio
y cualidades de usted
y de su futura.

DON MARTÍN. En eso
hay antes mucho que hablar.
Pienso quedar aún soltero
por algún tiempo, y aunque
es verdad que le merezco
a Luisa mucho cariño,
y ella a mí no poco menos,
y aunque por su padre deba,
en lo que alcancen mis medios,
proteger a esa familia,
antes de casarme quiero...

AMBROSIO. Quiere usted, pues, divertirse;
hace usted bien, eso es cierto;
un joven debe gozar
del mundo y sus pasatiempos.

DON MARTÍN. Sí, pero yo ya he pasado
bien alegres los primeros
años de la mocedad.

AMBROSIO. ¿Pues se tiene usted por viejo?

DON MARTÍN. Yo, viejo, no; pero estoy
en la edad...

AMBROSIO. De más esfuerzo,
con la robustez precisa
para hacer un casamiento
y tener nueve o diez hijos
que den otros tantos nietos;
sí, es forzoso a cierta edad
tomar estado.

DON MARTÍN. En efecto;
y en la edad de la razón,
que es en la que yo me encuentro...
puede que me case.

AMBROSIO. Puede,
y hará usted bien; un sujeto
como usted debe casarse.

DON MARTÍN. ¿Por qué?

AMBROSIO. Porque... su talento
de usted lo decide así,
y basta, aunque sea a despecho

de las que en el Prado tienen
fijo en usté el pensamiento.
DON MARTÍN. Eres picaruelo, Ambrosio.
AMBROSIO. Qué quiere usted, si lo veo;
pero aquí viene.
(Mirando la puerta de la izquierda.)
DON MARTÍN. ¿Quién viene?
¿Principian ya a venir necios?
AMBROSIO. Es la señora mi ama,
madre del precioso objeto
que usted protege y obsequia.
DON MARTÍN. Pues vete, y para el correo
pon en limpio aquella copia.
AMBROSIO. Está bien; voy al momento.
DON MARTÍN. Allá iré luego después.
(Vase AMBROSIO.*)*

ESCENA II
DOÑA PACA, DON MARTÍN

DOÑA PACA. ¡Don Martín!
DON MARTÍN. ¡Oh!, tanto bueno
por acá y tan de mañana.
DOÑA PACA: Es la una.
DON MARTÍN. Y bien, ¿qué es eso?
DOÑA PACA. Como estuvo usted anoche
de bailes y de conciertos,
no es extraño le parezca
temprano: doy por supuesto
que usted allí, como siempre,
se luciría.
DON MARTÍN. Me siento
un poco aún de esta pierna
y tengo la sangre hirviendo.
DOÑA PACA. Eso es salud; no es extraño
siendo joven y soltero.
DON MARTÍN. Sí, señora, ése es el mal
que únicamente padezco:
como tengo este carácter,
por cualquier cosa me quemo.
DOÑA PACA. Mas con todo, usted anoche
bailó.
DON MARTÍN. No hay duda, yo tengo
que bailar aunque no quiera;
ni descansar un momento
me dejaron las señoras.
DOÑA PACA. Y usted que nunca está quieto...
DON MARTÍN. Yo he sido siempre una pólvora;
cuando chico era travieso
como un diablillo.

DOÑA PACA. ¡Jesús!
Me gusta tanto ese genio,
siempre vivo y decidor,
y tan galán y discreto;
pero hablando de otra cosa,
diga usted, en el concierto,
¿qué conocidas había?
Apostaré que aquel viejo
de don Judas no faltó
con su niña, el esqueleto
que se muere por bailar.
¡Qué costumbres! Cuando veo
mujeres tal como esa.
¡Jesús!, toda me estremezco:
allí todas escotadas,
cada cual con su cortejo,
olvidando los quehaceres;
de ustedes los hombres... bueno
que se diviertan ustedes.
Yo, jamás, ¡qué, ni por pienso!
cuando yo era joven nunca
andaba en bailes, y eso
que todas hemos tenido
también nuestros ojos negros.
Mi señora madre en casa
como si fuera un convento
nos tenía retiradas
de tertulias y paseos.

DON MARTÍN. Ya se conoce en Luisita
que es usted un fiel modelo
de su madre: sí, ¡qué poco
pierde ella en bailes el tiempo!

DOÑA PACA. Luisita, no, señor, nunca;
en casa y siempre cosiendo,
o entregada a la lectura
de libros santos.

DON MARTÍN. Yo puedo
por cierto ser buen testigo.

DOÑA PACA. ¡Ay, Dios! Si pudiera vernos
el que mataron en Indias,
mi difunto.

DON MARTÍN. Estoy muy cierto
que acabarán las desgracias
que atrajo a usted su mal genio,
porque don Juan, aunque era
un calaverón deshecho
y algo original, tenía
buen corazón; en el juego,
en las jaranas y danzas,
peloteras y cortejos

que yo armaba entonces, éramos
dos camaradas eternos,
y quería echarla de mozo:
¿creerá usted que en tanto tiempo
nunca supe era casado,
y siempre guardó silencio
acerca de esas frioleras
de que usted me ha hablado luego?

DOÑA PACA. *(Afligida.)*
Basta, basta, don Martín.
¡Pobrecito! Harto me acuerdo.

DON MARTÍN. No llore usted.

DOÑA PACA. ¡Pobrecito!
Conmigo no fue muy bueno,
bien lo sabe Dios, y cuanto
padecí con él, bien puedo
asegurárselo a usted,
muy perdonado le tengo,
así le perdone Dios
y allá le tenga en el cielo.
El se separó de mí
sin motivo para ello
ninguno, muy al contrario,
que estaba yo siempre viendo
cómo agradarle: ¡Jesús!,
mis obras, mis pensamientos,
todo era suyo en mi casa,
todo era para Renzuelo.
Se fue de ella sin decir
oste ni moste: primero
se contentó con mudarse,
después puso agua por medio,
y embarcándose allá en Cádiz
se me largó para Méjico,
dejándome sola aquí
con una niña de pechos,
mi pobre Luisa, las dos
sin auxilio ni consuelo,
y al fin supe su tragedia
para aumentar mi tormento:
¡pobrecito!, ¡a pesar mío
yo le amaba, ya está muerto!

DON MARTÍN. ¿Y qué ha de hacerse, señora,
si se murió?, ¿qué remedio?,
cuanto más...

DOÑA PACA. Sí, don Martín,
demasiado lo agradezco,
Usted, usted, caro amigo,
es nuestro solo consuelo.

DON MARTÍN. Yo, señora, bien querría...

(Con vanidad.)
hasta ahora si algo he hecho...

DOÑA PACA. Demasiado, don Martín:
yo y Luisita no sabemos
cómo pagárselo a usted.
Sólo el cariño más tierno
por parte de ella, y por mí
un puro agradecimiento
y una sincera amistad...

DON MARTÍN. Señora, estoy satisfecho
con eso sólo; yo he sido
toda mi vida lo mismo,
muy amigo de hacer bien:
(Con vanidad.)
yo soy así, buen sujeto.

DOÑA PACA. Excelente; ¿y usted cree
que se me olvidan tan presto
las generosas ofertas...?

DON MARTÍN. (¡Si habré ofrecido dinero!)

DOÑA PACA. ¡Qué placer cuando yo vea
sus hijos de usté y mis nietos
un retrato de mi padre
y la esperanza del reino!

DON MARTÍN. ¿Y por dónde saca usted...?

DOÑA PACA. ¡Qué monos serán! Iremos
con ellos siempre a la iglesia
tan limpitos, ¡qué talento
tendrán! y luego que usted...

DON MARTÍN. ¡Pero usted ha perdido el seso!
¿A qué viene esa retahíla?

DOÑA PACA. Perdone usted; ¡ay!, es cierto,
no me acordaba, no soy
digna de tan halagüeño
porvenir, yo estaba loca.
¡Pensarme que un caballero
el más rico de Castilla
contraería casamiento
con una niña que sólo
tiene por amparo el cielo!
Perdone usted, don Martín;
no supe lo que me hecho:
¡pobre niña!, morirá
cuando sepa lo funesto
que es su amor, y le ama a usted
con un cariño tan tierno,
¡ay, hija de mis entrañas!

DON MARTÍN. *(Con vanidad.)*
Harto lo conozco; pero...

DOÑA PACA. Sí, ¡como tiene usted otras!

DON MARTÍN. Eso no hay duda, por cientos

las tengo yo; pero, amiga,
hablando en plata, confieso
que Luisa me gusta más
que todas ellas.

DOÑA PACA. Lo creo.
Bien se conoce, y la quiere
usted matar a desprecios;
¡pobre niña!, cuando quede
sin madre, en algún convento
la recogerán: ¡Dios mío!
¡En este mundo perverso
solita y con pocos años!

DON MARTÍN. *(Con enfado.)*
Eso no, porque primero
era menester que yo
me volviera loco o necio
o me muriera.

DOÑA PACA. ¡Infeliz!
De puerta en puerta pidiendo
tendrá que andar, o ponerse
a servir si yo me muero.
¡Quién creyera que la hija
de don Juan de Dios Renzuelo,
coronel de infantería...!

DON MARTÍN. Pero, ¿y por qué ha de ser eso?
¿Delira usted?

DOÑA PACA. ¿Qué ha de ser,
si usted nos deja en perpetuo
abandono? ¿Usted, que era
nuestra esperanza?

DON MARTÍN. No dejo
tal; al contrario... yo sólo...

DOÑA PACA. Quiso usted ver si era cierto
su amor; ¡ay, Dios!, esas bromas
no las use usted: es muy serio
el asunto para usarlas:
¡ay!, yo no sé lo que tengo
conozco que ha sido burla
y, ¡ay, Jesús!, apenas puedo
hablar... me caigo... me ha dado
una congoja y me siento
tan...

(Se deja caer sobre una silla que arrima DON MARTÍN.)

DON MARTÍN. Siéntese usted; ¡por vida!
Pues bonita la hemos hecho.
¡Voto va chápiro verde!
ya se desmayó en efecto.
¡Qué siempre por mí han de hallarse
las mujeres en aprietos!

ESCENA III
DON MARTÍN, DOÑA PACA, EUGENIO

EUGENIO. *(Entra cantando.)*
¡Tran larán!
DON MARTÍN. ¿Es este achaque de cantos,
bárbaro?
EUGENIO. Vengo... pensaba...
(Tropieza contra una silla.)
como vengo de la calle...
DON MARTÍN. Mucho me gusta tu entrada.
EUGENIO. Yo... bien quisiera... mi voz...
(Se le cae el sombrero.)
tiene usted razón, es mala.
DON MARTÍN. ¿Y aquí qué tiene que ver
si cantas bien o si ladras?
EUGENIO. *(Más aturdido.)*
Es porque al tiempo de entrar
no vi la silla que estaba
aquí.
DON MARTÍN. ¿Di, topo, no ves
que hay una enferma en casa?
EUGENIO. Un médico... yo no sé...
¿Lo busco?
DON MARTÍN. Sí no hace falta:
tú siempre estás aturdido.
EUGENIO. Lo decía...
DON MARTÍN. Anda, trae agua:
(Eugenio hace mil movimientos por todos lados para buscarla.)
¿Vas a la cocina? Bárbaro,
¿No tienes ahí esa jarra?
EUGENIO. Creí...
DON MARTÍN. Tú siempre crees mal.
¿Y adónde querrás echarla?
¿No ves que está el vaso aquí?
EUGENIO. No lo había visto, pensaba...
(Se acerca a Doña Paca y grita.)
Y es doña Paca, no hay duda,
y se muere... ¿Y la muchacha?
Tocaré la campanilla...
Llamaré al cura.
DON MARTÍN. ¿Te callas?
No te eches encima de ella;
¿no ves que vas a pisarla?
¡Doña Paca, oiga usted!
(Ya vuelve en sí; es una santa:
¡pobre mujer!)
EUGENIO. *(Hablando consigo mismo.)*
¿Llamaré?...
No, que traigo un poco de agua

de olor en este bolsillo,
(Se registra los pantalones y el frac, y hace conforme a lo que va diciendo.)
En el otro... en la casaca...
pues ya no sé dónde está.
Allí en el sombrero... nada.

DON MARTÍN. *(A* DOÑA PACA.*)*
Animo, vamos.

DOÑA PACA. *(Volviendo en sí.)*
¡Qué pena!

EUGENIO. *(Buscando.)*
¿Pues no digo?, en esta casa
todo se pierde.

DON MARTÍN: *(A* EUGENIO.*)*
¿Qué buscas?

EUGENIO. Yo por si era necesaria
alguna cosa...

DOÑA PACA. ¡Ay, Señor!
Yo me retiro, estoy mala.
¡Cómo ha de ser! La diré
que se acabó su esperanza,
que ha amado siempre a un ingrato,
que usted hace su desgracia,
que es usted un tigre.

DON MARTÍN. No es culpa
mía; si Luisa me ama,
yo la quiero más que a todas,
y dejo por ella a cuantas
quisieran también...

DOÑA PACA. Usted
tiene un no sé qué, una gracia,
que todo se le perdona.

EUGENIO. (Aún no sé de lo que hablan,
y estoy por decir que ellos
tampoco entienden palabra.)

DOÑA PACA. ¡Luisita va a llorar tanto!

EUGENIO. (¡Hola!, de Luisa se trata;
y está bueno, la señora
ni me mira, ni me habla,
ni hace más caso de mí
que si yo fuera una estatua.)

DON MARTÍN. Usted la consolará;
puede usted darla esperanzas.

DOÑA PACA. ¿Y qué he de decirla ya?
¡Jesús, me siento tan mala!

DON MARTÍN. Acuéstese usted y tome
un caldito.

DOÑA PACA. Muchas gracias.

EUGENIO. Si acaso mi compañía...

DON MARTÍN. Yo la acompañaré, y basta:
¿me da usted el brazo?

DOÑA PACA. Eugenito,
(EUGENIO., *al oír que* DOÑA PACA: *le llama, se echa encima antes de saber para qué.)*
adiós.
EUGENIO. Perdóneme usted, estaba...
distraído: ¿qué sucede?
DOÑA PACA. Saludarle a usted.
EUGENIO. Pensaba...
DOÑA PACA. Es usted tan servicial...
DON MARTÍN. Sí, mi sobrino es alhaja.
(*Vase con* DOÑA PACA.)

ESCENA IV

EUGENIO. Voto va birli y birloque,
¡No se va a armar mala danza!
Mi tío la quiere, ¿y qué haré?
Lo que es Luísita a quien ama
es a mí... yo, la verdad,
me lo dijo la criada.
Si yo tuviera talento
para inventar una traza...
(Hace como que piensa.)
¿Qué? En la vida... Si Ambrosio
con su ingenio no me saca
de apuros... *(Llamando.)* ¡Ambrosio, Ambrosio!
¡No vendrá en una semana!

ESCENA V
EUGENIO, AMBROSIO

AMBROSIO. ¿Qué quiere usted, señorito?
EUGENIO. Yo te diré... aquí... en la casa...
¡Caramba!, se me olvidó:
yo soy así, de palabra
en palabra se me va
todo lo que... yo pensaba
en una cosa... que es...
es... es una cosa... que... vaya
¿Lo sabes tú?
AMBROSIO. Yo qué sé.
EUGENIO. Aunque piense hasta mañana
no me acordaré: yo soy
tan distraído...
AMBROSIO. Es desgracia;
mas ya atino lo que es.
¿Es cosa de amores?
EUGENIO. Vaya,
dilo.
AMBROSIO. Usted está enamorado,

es de doña Luisa la causa
de esa locura.

EUGENIO. Acertaste;
y luego el viejo se casa.

AMBROSIO. Pues, y usted está que trina.

EUGENIO. ¿Y cómo he de estar? ¡Caramba!
Que si me enfado... porque
me ven que soy una malva,
pero no hace cuatro meses
que llevé dos cuchilladas:
te acuerdas... aquel cadete
que va con la gaditana...

AMBROSIO. Sí, aquella que usted pisó
al tiempo de saludarla,
que por poco no la deja
sin pies y desnarigada
con el ala del sombrero.

EUGENIO. Yo estaba puesto de espaldas
y me volví...

AMBROSIO. Pues volvamos
al negocio que se trata:
usted está fastidiado
de ver que el viejo se casa,
y quisiera usted hallar
alguna manera honrada
de deshacer esa boda.
¿No es así?

EUGENIO. Cabal; pues anda.

AMBROSIO. Vaya usted viendo si acierto:
usted quisiera una trama,
y apuesto desearía
que yo mismo lo enredara.

EUGENIO. Vales mucho: ¡qué talento!
Eso pido, y santas pascuas.

AMBROSIO. Pues no me ocurre ninguna.

EUGENIO. Pues no sirves para nada;
eres un zote. ¡Canario!
Cuando pensé que inventaras...

AMBROSIO. Invéntela usted.

EUGENIO. Yo no.

AMBROSIO. No sirve usted para nada.

EUGENIO. Es que yo...

AMBROSIO. Es que yo también.
(Fuera echar tierra a mi causa;
¿y qué dijeras de mí,
reverenda Doña Paca?)

EUGENIO. Pero, hombre, tú bien podrías...
¡Si yo tuviera tu labia!

AMBROSIO. ¿Ha ganado usted en el juego,
o se quedó usted sin blanca?

EUGENIO. ¡Qué! Si el dinero que al tío
le he sacado esta mañana
lo jugué todo a la dobla
y he ganado.
AMBROSIO. Pues me agrada,
y yo no tengo más parte
que es en embrollos y trampas.
EUGENIO. Yo no digo... bueno... toma...
(Saca dinero y se lo entrega a AMBROSIO.)
sí me enredas una traza.
AMBROSIO. Sí, señor (ya aquí pesqué,
y aún tengo puesta otra caña).
Pues, señor...
DON MARTÍN: *(Desde afuera.)*
¡Ambrosio, Ambrosio!
EUGENIO. *(Va a salir muy atolondradamente.)*
Ya voy; el viejo me llama.
AMBROSIO. No es a usted, que es sólo a mí.
EUGENIO. ¿Y quién quieres tú que vaya?
AMBROSIO. ¿Pero usted se llama Ambrosio?
EUGENIO. No...
AMBROSIO. Pues entonces...
EUGENIO. Pensaba...
AMBROSIO. Don Carlos y el viejo vienen.

ESCENA VI
EUGENIO, AMBROSIO, DON CARLOS Y DON MARTÍN

AMBROSIO. Ya iba a ver si usted...
DON MARTÍN. Pues anda
abajo a tener cuidado,
no sea que como está mala
doña Paquita se ofrezca
algo que hacer.
AMBROSIO. Voy sin falta. *(Vase.)*

ESCENA VII
EUGENIO., DON CARLOS, DON MARTÍN.

DON CARLOS. Adiós, señor don Eugenio:
¿Córno va?
(Le alarga la mano a EUGENIO*, que se retira hacia atrás, deja caer una mesa, cae y quiebra un recado de china.)*
EUGENIO. Bueno. ¡Caramba!
Ya perdí el tino, caí.
DON MARTÍN. Maldito de Dios, levanta:
¡Ojalá te hubieras muerto,
que has de destrozar la casa!
EUGENIO. Si yo... *(Levantándose.)*
DON MARTÍN. Si tú, si el demonio.

DON CARLOS: Sosiéguese usted. ¿Qué gana
con enfadarse? Lo malo
es el recado de tazas,
que ya valdrá alguna cosa.
DON MARTÍN. Cuesta un ojo de la cara,
y no estoy para hacer gastos
a cada instante. ¿Se gana
así el dinero, mostrenco
botarate, majagranzas
atolondrado, no ves?
EUGENIO. Si estaba detrás...
DON MARTÍN. Estaba...
en los infiernos había
de estar penando tu alma;
un recado de café,
el mejor que había en España.
EUGENIO. Si no lo vi, si yo iba
a saludar, si pensaba...
DON MARTÍN. Si tú siempre estás pensando
allá en las mil musarañas.
DON CARLOS. Déjele usted: ¿a qué viene
enfadarse?, ¿qué ganaran
si no se rompiese el barro
las gentes que lo trabajan?
DON MARTÍN. Buen consuelo me da usted.
EUGENIO. Yo... no... más...
DON MARTÍN. Si no te callas
te he de romper la cabeza.
EUGENIO. Es que yo...
DON MARTÍN. Vamos, pues, habla.
EUGENIO. Yo... no sé... ¿qué he de decir?
DON CARLOS. Y cómo, ¿cuánto costaba
esa china?
DON MARTÍN. ¡Qué pregunta!
Costaba lo que costaba,
y estoy yo para decirlo.
DON CARLOS. Ha comprado mi madrastra
hace días...
DON MARTÍN. *(Con enfado.)*
Está bien.
DON CARLOS. Usted, amigo, se enfada
por la más mínima cosa.
DON MARTÍN. Pues no, que tendremos calma:
¿soy yo de piedra para estar
siempre aguanta que te aguanta
cuanto quiera hacer el niño?
Gaznápiro, siempre en jauja
aturdido, atolondrado,
sin saber lo que le pasa.
Siempre rompiendo los trastos,

todo lo atropella y mancha;
por cualquier cosa se asusta;
si le miran, si le hablan
no sabe que responder.
Con esas manos de lana
todo se le cae: no hay día
que no haga una nueva gracia;
siempre tropieza con todo:
sin ir más lejos, en casa
ayer de doña Clarita
se sentó en una guitarra,
se levantó sin concierto,
medio rompió una ventana,
echó al suelo cuatro sillas,
todos riendo en su cara;
y no eres ya ningún niño,
zamacuco, con más barbas
que un capuchino y más tonto
que pichote.

DON CARLOS. Repasata
de marca mayor es ésta.
Eugenito.

EUGENIO. Toma, cansa
tanto sermón; pues iremos
siempre mirando a las pajas:
pues tengo yo pocas cosas
sobre mí: pues ahí es nada:
yo no debo...

DON MARTÍN. ¿Qué no debes?

EUGENIO. Yo no digo...

DON MARTÍN. Vaya, habla...

EUGENIO. Como yo... como... porque...
y ya no tengo más gana...

DON CARLOS. Hable usted, si es que usted puede.

DON MARTÍN. No se te entiende palabra;
eres un ganso.

EUGENIO. Yo sí;
eso es por la muchacha.

DON MARTÍN. ¿Qué muchacha?

EUGENIO. ¿Qué? Por ella.

DON MARTÍN. ¡Qué ella ni qué morondanga!

DON CARLOS. (Apuesto a que es por la Luisa;
aquí va a armarse otra danza.)

EUGENIO. Pues por ella.

DON MARTÍN. Calla, necio.
Si te atreves a mirarla...

EUGENIO. Si no es eso.

DON MARTÍN. ¿Pues qué es?

EUGENIO. ¡Toma! Que todos se casan.

DON CARLOS. Quiere decir que ya sabe

la boda de usted.
DON MARTÍN. (Ya escampa.)
¿Y qué dicen de mi boda?
DON CARLOS. Profetizan...
DON MARTÍN. Vamos... vaya.
DON CARLOS. Que se verá usted cordero
antes que llegue la Pascua
transformado por la bruja
de la vieja y la muchacha,
que también pondrá sus medios.
DON MARTÍN. Eso es mentira, y no basta
(Al decir esto toca con la mano a EUGENIO.*)*
mi paciencia para oír
semejantes patochadas
EUGENIO. Yo sin culpa; ¿a mí por qué?
Usted perdone; ¡pues vaya!
DON MARTÍN. Yo no me acuerdo de ti.
DON CARLOS. Vamos, paz, no haya otra danza.
DON MARTÍN. Es envidia, es porque ven
que la prefiero y me ama.
Les he de dar en los ojos:
mañana mismo, mañana
me he de casar.
DON CARLOS. Yo convengo;
pero tenga usted cachaza
si es que quiere usted saber...
DON MARTÍN. Yo no quiero saber nada.
DON CARLOS. No me pise usted, Eugenio.
EUGENIO. Si yo no... voy a otra sala.
Perdone usted, mil perdones *(A* DON CARLOS.*)*
le pido a usted; él se enfada
y yo no tengo... ¿a mí qué?... *(Vase.)*
DON MARTÍN. Pues no me venga con chanzas
ni con burletas, que haré
ver que yo no aguanto ancas;
ya me conocen, ya saben
que si empiezo tengo el alma
muy bien puesta... yo soy tardo,
pero si armo una pelaza...
DON CARLOS. Habrá una marimorena
más linda que unas mialmas
mas no sea usted temerario
ni haga usted una asonada;
yo cuento lo que me dicen.
DON MARTÍN. Le dicen a usted una sarta
de picardías y embustes.
DON CARLOS. Es un horror; pero vaya,
hablando claro, ¿usted tiene
un documento, una carta
siquiera, que pruebe o diga

quiénes son esas dos damas,
una cosa que convenza
cómo o cuándo doña Paca
caso con don Juan Renzuelo?
¿Sabe usted cuál es la causa
que redujo a esas señoras
de la opulencia a la nada?
¿Por qué nadie las conoce?
¿Por qué con nadie se tratan?
¿Y usted con qué relaciones
se introdujo en esa casa?

(Con intención.)

Se dice que fue...

DON MARTÍN. Don Carlos,
tiene usted por lengua un hacha;
yo visité a esa familia
con intenciones muy sanas,
las conozco muy a fondo;
son pobres, sí, pero honradas.
Ya sabe usted no soy santo,
ni el defensor de las faldas,
que no me falta experiencia,
que estoy harto de tratarlas,
Usted habrá oído, sin duda,
por ahí cómo las muchachas
me tratan de seductor,
que de mi persona y trazas
me valgo y después lo digo;
sin que parezca jactancia,
madres hay que compran lentes
por si su vista no alcanza
dónde el tiro de mis ojos
hiere las hijas; sé varias
que al verme venir de lejos
se largan con la pollada
como gallinas cluecas:
yo me río a carcajadas;
voy, las sigo, las alcanzo,
las saludo, llego a hablarlas...
Eso a las viejas las vuela,
pero a las hijas, ¿qué causa
hay para que yo les quite
la miajilla de esperanza?
vamos, usted ve en Madrid,
es lo mismo en toda España,
en gran parte de Inglaterra
y en casi toda la Italia.
Ya se ve, con mi presencia,
mis maneras, mi elegancia,
rico tren, bailes y el *raut*

asombro de estas honradas
españolas que no saben
más que vals y limonada,
si me aman mil mujeres
es preciso perdonarlas.
Sepa usted que es este cura
de muchas lágrimas causa.
En cuantas cortes he estado
me teme la diplomacia,
los militares me tiemblan
y todos los nobles rabian;
ya se ve, ¡si al llegar yo
se les despiden sus damas!
y como saben a más
que me sé poner en guardia
(Haciendo el movimiento de esgrima que indica el diálogo)
Y yo no las solicito,
(Con vanidad)
ellas se vienen rodadas.
Hombre, me dijo en Berlín
un joven de la Embajada,
por Dios...

DON CARLOS. Por Dios, deje usted
lo demás para mañana,
que se me va usted huyendo
de la cuestión empezada.

DON MARTÍN. Amigo, se me olvidó;
dígame usted de qué hablaba.

DON CARLOS. De las pobres...

DON MARTÍN. Sí, ya caigo;
repito, pobres y honradas;
voy a contarle a usted todo,
porque sé que en Madrid charlan.

DON CARLOS. Ya lo he dicho, es un horror,
los chismes hierven que espanta.

DON MARTÍN. Calle usted y óigame hablar,
don Carlos; yo deseaba,
porque era amigo y tenía
con él cuentas atrasadas,
saber de don Juan Renzuelo;
siempre me salieron vanas
las más vivas diligencias;
decían unos fue a La Habana,
pasó a Méjico, al Perú;
otros, no sabemos nada;
murió me dijeron varios,
pero no lo aseguraban;
un día me oyó este chico,
Ambrosio, el valet de chambra,
y me dijo había servido

a una tal doña Paca.
Quintañones de Renzuelo;
que esta tal se lamentaba
por un tal don Juan Renzuelo,
que se le fue a la otra banda;
al momento pasé a verla
y salió lo que pensaba:
Juan, que era un derrochador,
se casó y dejó plantada
su mujer joven y linda
con una niña y sin blanca.
Admire usted la virtud;
la infeliz de doña Paca
en medio de la pobreza
ha guardado siempre intacta
su fama y la de su hija,
que no es poco en la desgracia.
Mientras se mantuvo moza
halló proporciones altas
para volverse a casar;
pero la pobre ignoraba
su estado hasta que Dios quiso
que un chico alférez llegara
de Lima, que la contó
que una bomba le hizo plasta
su marido junto a Lima...
no caigo cómo se llama,
en el sitio... ¡qué memoria!...

DON CARLOS. *(Con ironía.)*
De Caracas.

DON MARTÍN. Me parece, sí, señor.

DON CARLOS. Pues será...

DON MARTÍN. Por ahí le anda.
Ya se ve, informado de esto,
al punto las traje a casa,
a más que a Juan le debía,
y cumple quien debe y paga.
Luego he visto documentos,
y ahí está el padrón que canta.

DON CARLOS. ¿Cobrará la viudedad?

DON MARTÍN. Hasta eso, no cobra nada,
porque se casó en secreto.
Esa es historia muy larga.

DON CARLOS. Pues no me la cuente usted.

DON MARTÍN. He de hacerlas pensionadas.

DON CARLOS. ¡Qué pensión! Usted no sabe
lo que una niñita gasta
en cachivaches y dijes
cuando en la corte se halla
y en el rango que a Luisita

la pondrán las circunstancias
si se casa con usted.

DON MARTÍN. Y que ahora no tiene nada
eso también lo sé yo,
y es de bastante importancia
esa razón. *(Pensativo.)*

DON CARLOS. Y otras mil.
Usted es un joven, sus gracias,
su talento, su...

DON MARTÍN. *(Con vanidad.)*
Adelante.

DON CARLOS. Su esclarecida prosapia
de usted le deben hacer
pensar en cosa más alta;
una mujer que le iguale
en patrimonio, y que traiga
con un dote regular
una condición más clara.
Yo no digo que Luisita
sea de clase oscura o baja...

DON MARTÍN. (¿Por qué será este interés?
¿Si querrá éste a la muchacha?)
(Como distraído y disgustado.)
Pues, bueno...; está bien, veremos;
yo tengo que hacer, me aguardan;
hablaremos más despacio...

DON CARLOS. ¡Y usted que desprecia tantas!
más corrido que una liebre,
ha de caer en la trampa
como si fuera usté un niño
cayéndosele la baba;
esas mujeres...

DON MARTÍN. *(Con enfado.)*
Muy bien.

DON CARLOS. Cuanto más buenas y santas
parecen ser, son acaso
más dobles y más taimadas;
pero, ¿qué, usted no me escucha?

DON MARTÍN. Escuchando a usted estaba.
(Estoy tragando veneno.)

DON CARLOS. Yo no sé, pero la cara
de la madre...

DON MARTÍN. Sí, es verdad.

DON CARLOS. Y después, ahí que no es nada
un casamiento, ¡friolera!
Al considerar las malas
consecuencias que eso suele
traer consigo, se espanta
el hombre más atrevido;
requiere tener más alma

el que se casa en el día
que el que asalta una muralla;
pero, ¿está usted distraído?

DON MARTÍN. He de escribir unas cartas.
(¡Qué importuno!)

DON CARLOS. Seguiré
refiriendo lo que hablan
por ahí, en Madrid, de usted.

DON MARTÍN. Suplico a usted... creo que basta.
(No hay duda, el bribón la quiere,
y hace tiempo por si pasa
o sale Luisa.)

DON CARLOS. Un momento.

DON MARTÍN. Yo tengo que hacer.

DON CARLOS. Mil gracias.
Si usted tiene que escribir...

DON MARTÍN. No es echarle a usted de casa.

DON CARLOS. Si no fueran ya las dos, *(Mira el reloj.)*
y que un amigo me aguarda,
aún siguiéramos hablando.

DON MARTÍN. (Maldita sea tu charla
sempiterna.) ¿Y hacia dónde?

DON CARLOS. Voy un rato a la Fontana.

DON MARTÍN. Vaya usted con Dios, don Carlos.

DON CARLOS. Servidor de usted.

(Vase.)

ESCENA VIII

DON MARTÍN: Sí, anda,
condenado, que me has hecho
padecer ahora más bascas
que un perro rabioso. En parte
tiene razón; lo que gasta
una mujer ya lo veo
por mí mismo, y que no es chanza;
me llevan comido ya
un dineral... quita, aparta,
que me daban intenciones...
mis cuentas van bien tiradas.
Sí, señor; para casarme
ésta es la mujer pintada;
comido el pan de la boda
canto como en una jaula
lo siguiente: fuera lujo,
fuera paseos y danzas,
sólo se sale en el coche
una vez a la semana,
porque se gastan las ruedas,
porque las yeguas se cansan.

Se acabó Carabanchel,
teatros, toros y cañas,
que la mujer de su hacienda
pierna quebrada y en casa.
Aquí a repasar la ropa,
ver que no se pierda nada,
vigilar al mayordomo,
observar a las criadas,
etcétera y otras cosas
que ahora no se me alcanzan
y si no me entiende hablando
le escribo las ordenanzas;
pero sí me entenderá,
la pobre está acostumbrada.
Este pícaro don Carlos...
toma, la quiere que rabia,
yo le he de seguir los pasos...
voto va sanes. *(Dándose una palmada en la frente.)*
¡Las cartas! *(Vase.)*

Librodot

Acto segundo

ESCENA PRIMERA
(Una sala de la habitación de DOÑA PACA.*)*
DOÑA PACA, LUISA, AMBROSIO.

AMBROSIO. Créalo usted, doña Paca,
quedó el viejo hecho una breva.
Es un monstruo de amor propio;
pues, ¿no se piensa el babieca
que está Luisa que se muere
por sus pedazos?
LUISA. No fuera
mal capricho; vaya un necio.
DOÑA PACA: Niña, cállate, no sea
vuelva a saber cómo estoy
y lo que hablamos entienda.
AMBROSIO. No hay cuidado; está allá arriba,
reniega que te reniega,
porque ha subido el cochero
a decirle que una yegua
se ha puesto mala y le faltan
dos herraduras, y mientras
tan sólo por vanidad
se gasta lindas monedas
en futesas porque hablen
en Madrid de sus riquezas,
ahora que todo el gasto
se reduce a una miseria
riñe a cochero, lacayo,
y a toda la casa entera;
ya hay sermón para tres días;
y hay que armarse de paciencia.
DOÑA PACA. Dime, Ambrosio, ¿y qué tal cara
puso al pagar las pulseras?
AMBROSIO. Mala, porque siempre pone
mala cara al dar pesetas,
aunque se obsequie a sí mismo;
mas, cuando al fin las emplea
en dijes para Luisita,
a hablar verdad, se contenta
con sacar un si es no es
ambos labios hacia fuera.
LUISA. ¿Y piensas que al fin y al cabo
a casarse se resuelva?
AMBROSIO. No me atreveré a jurarlo:
puede ser; pero la empresa

no deja de ser difícil
y peliaguda.

DOÑA PACA. Aunque sea
la mitad del dote, Ambrosio,
yo te prometo si llegas
a casarle con Luisita.

LUISA. Yo te ofrezco mi cadena
de oro con mi sortija
y el aderezo de perlas.

AMBROSIO. *(Con gravedad.)*
Alto; bien claro lo veo;
con soborno vil intentan
que por último dé con
toda mi lealtad en tierra.
Eso no, ¡qué se diría!

DOÑA PACA. Vaya, Ambrosio, no nos vengas
aquí con cuentos; de antaño
nos conocemos, y cuenta
que aquí lo seguro es
llevar el negocio aprisa,
coger el dote...

AMBROSIO. Y después
quedarme a tocar tabletas
y Luisita ya casada
y usted reverenda suegra
de mi amo manejándole,
a dime, ¿qué quieres, reina?
y el pobre de Ambrosio mal visto,
y luego puesto a la puerta,
logrando por pago que
más que todos le aborrezca
la misma que protegió.
No, señora, ni por esas;
soy amigo de hacer bien,
conozco bien las flaquezas
de mi amo, he protegido
la trama a viento y marea,
pero o todo se descubre,
o en este momento es fuerza
se me den tales fianzas
que a un judío persuadieran
a hacer un préstamo.

LUISA. Ambrosio,
mucho te engañas si piensas
asustarnos, cuida tú
no te quemes con la leña
que intentas arder, que puede,
si me da la ventolera
de presentarme humildita
a don Martín, y a las quejas

que ya sabes tú que tengo
añado con una mueca
y una lagrimita a tiempo
que me voy si no te echa,
porque eres un insolente,
atrevido y mala lengua,
estoy cierta que no duras
en casa más tiempo apenas
que el que tarda en persignarse
un chiquillo de la escuela.

AMBROSIO. Mil gracias por el aviso
vaya, no armemos quimera
todos nos necesitamos
unos a otros.

DOÑA PACA. Y fuera
majadería reñir:
nuestro mutuo bien ordena
que todos nos ayudemos.

AMBROSIO. Como hijos de Adán y Eva;
pero también es preciso
afianzar mi recompensa,
es preciso...

DOÑA PACA: En cuanto a eso,
Ambrosio, como tú quieras.

AMBROSIO. Ya ve usted, la caridad,
que a fe de Ambrosio es mi regla,
bien ordenada, se dice
que por uno mismo empieza.

LUISA. ¡Tú eres tan caritativo!

ESCENA II

DOÑA PACA, LUISA, AMBROSIO, DON CARLOS *(A la puerta.)*

DON CARLOS. Los cogí en la ratonera.

(Todos cambian de aspecto y hacen como que no le han visto: LUISA *sigue hablando con* AMBROSIO *con tono muy dulce.)*

LUISA. Que le damos un millón
de gracias por su fineza,
que mi madre está mejor,
que su Luisa no desea
más que verle, que hace un siglo...

DON CARLOS. Señoras, ¿ustedes buenas?

DOÑA PACA. ¡Ah! Don Carlos.

LUISA. ¿Es usted?

(Sigue hablando con AMBROSIO *en voz baja.)*

DOÑA PACA. Yo he tenido una jaqueca.

AMBROSIO. Está muy bien, señorita,
lo diré sin faltar letra. *(Vase.)*

ESCENA III
DOÑA PACA, LUISA, DON CARLOS

DON CARLOS. Conque, ¿y cómo va de boda,
Mi señora doña Luisa?
¿Don Martín está resuelto?
DOÑA PACA. Yo no sé; en cuanto a mi hija,
como aunque es pobre es honrada,
teme que por ahí se diga
se casa por interés.
LUISA. No me casara en mi vida
si fuera así; yo bien amo
a don Martín...
DOÑA PACA. Calla, chica;
ninguna doncella debe
decir que ama; las niñas
no tienen voluntad propia.
DON CARLOS. Déjela usted; ya Luisita
sabe muy bien lo que dice.
(¡Chispas!, se pierde de vista
la doncella.)
LUISA. Usted perdone:
¡merezco que usted me riña!...
No señora, no hablaré.
Hasta que usted lo permita.
¿Lo permite usted, mamá? *(Con dulzura.)*
DOÑA PACA. Está bien; habla, hija mía.
DON CARLOS. ¡Qué ternura, qué inocencia!
prosiga usted, señorita. *(Con ironía.)*
LUISA. Es usted burlón, don Carlos,
y no se por qué me mira
usted así.
DOÑA PACA. No hagas caso,
es su genio; no te aflijas
por eso. (Valiente tuno.)
DON CARLOS. Sí, es mi genio. (Vieja indigna.)
DOÑA PACA. Don Carlos es tan chancero...
DON CARLOS. Pero siga usted, Luisita;
no interrumpa usted por mí
lo que iba a decir.
LUISA. Decía
lo que tengo que decir,
aunque mamá lo prohíba;
que la gracia y los modales
de don Martín me cautivan,
que lo quiero más que a todo
en el mundo, que me hechiza
su noble comportamiento,
pero que estoy decidida
a ser infeliz, y a nunca

casarme en toda mi vida,
si sé yo que en sus adentros
él acaso se imagina
que sus riquezas tan sólo
a unirme con él me incitan;
eso no, porque primero
me haré monja capuchina
que casarme así. ¡Jesús,
qué segura es mi desdicha!
¡Oh! sí, en un claustro, en un claustro
pasaré toda mi vida. *(Muy conmovida.)*

DOÑA PACA. Calla, que me haces llorar.

DON CARLOS. Pero mire usted Luisita,
que no está aquí don Martín.

LUISA. Y usted tal vez se imagina
que yo oculto mi sentir. *(Se echa a llorar.)*

DON CARLOS. No, pero...

LUISA. ¿Qué?

DOÑA PACA. Que no, hija,
te atormentes tanto.

DON CARLOS. Acaso
como está usted conmovida
exagera usted un poco.

DOÑA PACA: (¡Qué pícaro! Tajaditas
te había de hacer si pudiera.)
No llores más, niña mía. *(Con dulzura.)*
¿Por qué la hace usted llorar?
(A DON CARLOS, *con dulzura.)*

LUISA. Bien sabe Dios que mi dicha
no está en el dinero, no,
y que quisiera ser rica,
y que, pobre, don Martín
me pretendiese, y verían
las malas lenguas si entonces
me incitaba la codicia
a unirme con él.

DOÑA PACA. Si hubiera
sido cuando tu familia
no necesitaba nada,
qué pronto entonces habías
de cumplir tu gusto.

DON CARLOS. Entonces
don Martín, aunque en su vida
haya sido muy buen mozo,
al cabo pasar podría;
sería joven y eso al fin
pudiera darle cabida.

LUISA. A mí con él, un desierto
y su amor me bastaría.

DON CARLOS. ¡Buen amante de desierto

es don Martín Barandilla!
En medio de la ciudad
es un ente que fastidia.

DOÑA PACA. Hágale usted más favor
a un hombre...

DON CARLOS. Por vida mía,
señora, que a mi entender
le hago seca justicia;
voy a explicarme más claro;
yo no dudo que Luisita
al favor de don Martín
esté muy agradecida;
concedo más, que le aprecia,
que le tienen mucha estima;
pero, por Dios, que le adora
con una pasión tan viva...
Es demasiado exigir
de mí. Usted es bonita,
y, es preciso confesarlo,
don Martín a nadie hechiza
ni hechizará; nuestro hombre
no ha sido brujo en su vida.

DOÑA PACA. Es usted tan informal...

DON CARLOS. Lo que es por mí no habrá riña,
si usted quiere lo creeré;
si él oyera a usted, Luisa,
seguro estoy que almomento
al altar la conducía.

LUISA. No lo sabrá de mi boca
jamás; estoy decidida
a morirme sin decirle
lo que siento, aunque él lo exija.

DON CARLOS. (No hay duda, atrapan al viejo;
lo siento por su familia.)
(A DOÑA PACA.)
Y usted también le idolatra:
supongo, doña Francisca,
él y usted en un desierto
fueran cosa nunca vista.

DOÑA PACA. No se burle usted, don Carlos;
yo le estoy agradecida,
y mucho; tengo motivos
para apreciarle, y mi hija,
si le ama, hace muy bien,
que todo a amarle la obliga;
nosotras dos retiradas,
viviendo en una guardilla
hemos pasado seis años
sin paseos ni visitas,
ganando nuestro sustento

trabajando, y a fe mía
que Luisa y yo no nacimos
para trabajar: mí hija,
puedo asegurarle a usted,
se crió en otras mantillas;
pero todo lo perdí
desde que se fue a las Indias
mi marido el coronel.
¡Ah! Cuántas van tan erguidas
y espetadas que no valen
para descalzar a Luisa
y parecen unas reinas,
y si luego se averigua
son unas...; nosotras, pobres
sí, pero sin picardía;
y otras que por ahí van
con arrumacos y cintas,
y viudas de militares
que en su casa no tenían
un pañal para liarse
cuando nacieron, y brillan
ahora en el Prado, y no sé
donde encuentran esas dichas,
porque yo...

DON CARLOS. Basta, señora:
¿Dónde va esa retahíla
a parar?

DOÑA PACA. Va a que no tiene
usted razón si critica
que ame Luisa a don Martín
y yo por él me desviva,
porque habrá muy pocos hombres
que con tanta cortesía
cumplan como él ha cumplido,
favoreciendo una niña
huérfana con su madre,
que se hallaban reducidas
al trabajo, y no que espere
lo que suena la malicia
de las gentes, porque nunca
la inocencia y la desdicha
han sido más respetadas;
es verdad que él conocía
a mi difunto, y también
fue amigo de mi familia;
pero ¡cuántos hay, don Carlos,
que en la fortuna se olvidan
de sus mejores amigos,
y hacen como que no miran
si los hallan en la calle

por no saludarlos!
DON CARLOS. Siga
usted la historia dejando
a un lado filosofías.
¿Con que al cabo don Martín
hace más que hizo en su vida,
y se ha echado a filantrópico
sin ninguna intencioncilla
traviesa?
DOÑA PACA. En el mismo instante
que supo quién era Luisa,
y conoció su honradez,
y que no era mujercilla
de esas de por ahí...
LUISA. ¡¡Jesús!!
Bien se equivó en sus miras.
DOÑA PACA. Como éramos pobres...
DON CARLOS. (*Con ironía*.)
Pues.
DOÑA PACA. Cuántos perdones pedía
luego que nos conoció,
y con qué instancias tan finas
nos ofreció el cuarto bajo
al punto en su casa misma,
colmándonos de atenciones.
LUISA. (Madre, que viene.) *(A* DOÑA PACA.*)*
DOÑA PACA. *(Alzando la voz.)*
Bendiga
Dios su noble corazón.
LUISA. Y su gentil gallardía,
que no hay otro don Martín
en el mundo.
DOÑA PACA. Y es envidia
lo que de él dicen.
DON CARLOS. Sin duda.
(Han olido que venía,
y este concierto de elogios
bien claramente lo explica.)

ESCENA IV
DOÑA PACA, LUISA, DON CARLOS, DON MARTÍN

DON MARTÍN. *(Desde la puerta, reparando en don Carlos.)*
No le engaña el corazón
a don Martín Barandilla.
¿Cómo está usted, doña Paca?
A los pies de usted, Luisita.
DOÑA PACA. ¡Yo ya estoy!...
DON MARTÍN. (Se empeñó el hombre
en que hemos de tener riña.)

(A DON CARLOS.*)*
¿Me conoce usted, don Carlos?
DON CARLOS. Sí; don Martín Barandilla,
caballero de alto bordo,
el coloso de la dicha;
con quien las madres son dulces
y se hacen de miel las hijas.
El lord inglés, par de Francia,
yo no sé cuántos en China,
con quien...
DON MARTÍN. Yo soy, voto a tal,
quien no sufre picardías,
¿está usted? ¡que ni a su padre
las aguanta Barandilla!
DON CARLOS. Usted pierde la prudencia...
DON MARTÍN. ¿Qué? *(Con enojo.)*
DON CARLOS. Que le caracteriza. *(Con calma.)*
Yo tengo sangre en las venas,
y si usted me enciende en ira...
DON MARTÍN. Don Carlos, hace ya tiempo
que usted encendió la mía,
y voto va que en ardiendo...
DON CARLOS. Es usted una lamparilla.
DON MARTÍN. Soy un demonio infernal,
una furia que echa chispas,
y no me provoque usted.
DOÑA PACA Y LUISA. *(Levántanse y cogen a* DON MARTÍN.*)*
¡Don Martín!
DON MARTÍN. No es nada, amigas;
es que conmigo no hay tío...
dejadme.
LUISA. ¡Hay mayor desdicha!
¿Pero qué es esto, a qué viene,
Virgen bendita, esta riña?
DON MARTÍN. Soy un león, doña Paca;
este hombre me precipita;
usted no sabe siquiera
de la misa ni una pizca.
LUISA. ¡Ay!, por Dios, por mí, don Carlos.
Que se calle usted suplica
una huérfana infeliz,
una señora afligida.
DOÑA PACA. Señor don Carlos, prudencia,
por el santo de este día.
DON CARLOS. Vaya que ustedes me echan
a cuestas las letanías,
y yo estoy y estaré quieto
cuanto la prudencia exija.
DOÑA PACA. Don Martín.
LUISA. Mi...

DON MARTÍN. (Punto en boca;
si hablo más me desafía.)
¿Qué, señora doña Paca?
¿Qué, mi querida Luisita?
Quise lavar una afrenta
de que ustedes participan.
¡Ay! Desventuradas madres
que parís hijas bonitas.
¡Ay! Desdichado del hombre
que en la amistad se confía.
¡Ay, amantes! ¡Ay, amadas!
¡Ay, virtud, cuánto peligras!
DON CARLOS. Don Martín, ese preámbulo
cuidado a quién se dirija.
DON MARTÍN. *(Sopla.)*
DOÑA PACA. ¿Otra vez la enredamos?
¡Ay! ¡En matarme porfían!
DON MARTÍN. (El porfiado en matarme
es don Carlos, a fe mía;
pero ¿quién sufre amenazas
delante de su querida?)
Lo que he dicho es lo que he dicho,
y a no haber faldas diría...
DON CARLOS. No diría nada entonces.
DON MARTÍN. ¿Cómo? ¿Qué?
LUISA. ¡Cuántas desdichas
te han caído, sin pensarlo,
esta tarde, pobre Luisa!
DOÑA PACA. Váyase usted de esta casa,
(Con dulzura.)
don Carlos, por vida mía,
duélase usted del estado
en que se halla mi hija;
¡vamos, vamos!
DON CARLOS. Sí, me voy
porque usted me lo suplica;
pero en mi ausencia, señoras,
don Martín de Barandilla
me indispondrá con ustedes,
dirá de mí picardías,
aunque yo se lo prohibo.
DON MARTÍN. Por eso usted no se iba;
no señor, que esta es mi casa,
y toda esta lengua mía.
Sí, señor, y yo he de hablar
por más que usted lo prohiba.
DON CARLOS. ¡Pobre viejo!
(Hace como que se va.)
DON MARTÍN. ¿Viejo yo?
(Yendo hacia él.)

DON CARLOS. Don Martín, más sangre fría.
(Vase.)
DON MARTÍN. *(Hace que le quiere seguir y las dos le detienen.)*
Si tengo aquí las pistolas
le hago los sesos ceniza.
DOÑA PACA. No siga usted a ese pícaro.
DON CARLOS. (*Volviendo atrás*.)
¿Quién pícaro me decía?
*(*DOÑA PACA y LUISA. *gritan y se aturden.)*
DON MARTÍN. (¡Oh, quién se volviera sastre!
pero no.) Yo, Barandilla.
DON CARLOS. Bien; y usted, sin duda, sabe
que el manchado honor se limpia
con la sangre del contrario.
DON MARTÍN. *(Turbado.)*
Yo... dadas... tengo... infinitas
pruebas; mi espada...
DON CARLOS. Es terrible.
Mas no es tan mala la mía
que no se cruce con ella;
y no espere usted transija.
DON MARTÍN. Sálgase usted de mi casa.
(Estas mujeres no pían.)
Al momento salga usted;
mire usted que si me irrita
tiro los treinta dineros.
DON CARLOS. Tire usted hasta la camisa;
venga usted conmigo fuera.
DON MARTÍN. Allá voy (hembras malditas):
voy arriba, aguarde usted.
LUISA. ¡Ay! No, por Dios, prenda mía.
*(*DON MARTÍN *hace esfuerzos como para desprenderse.)*
No, don Martín, de mi alma;
no, don Martín, de mi vida.
DOÑA PACA. Amante infeliz, detenlo:
¿adónde vais, homicidas?
LUISA. De aquí no pasas, Martín,
sin que pises a tu Luisa.
(Abrazando las rodillas de DON MARTÍN.*)*
DOÑA PACA. Que la matáis, inhumanos.
¡Criados, criados! Hija,
no lo sueltes. ¡Ay! Don Carlos,
huya usted de nuestra vista.
DON CARLOS: Sí, me voy; pero hasta luego,
que cumplirá usted una cita.
DON MARTÍN. No puedo salir de casa...
porque... no he oído misa.

ESCENA V
DOÑA PACA, LUISA, DON MARTÍN

LUISA. ¡Ay!, ya se fue. *(Muy agitada.)*
DOÑA PACA. ¡Qué maldito!
LUISA. Hombre de entrañas dañinas.
DON MARTÍN. ¿Se fue? Le metí el resuello:
sepa quién es Barandilla.
(Las dos se sientan para descansar: DON MARTÍN *se pasea muy agitado.)*
¡Hola! ¡Hola! ¿Indisponernos?
Yo no ando con chiquitas;
y si no se va, lo mato.
LUISA. Mamá, cómo me palpitan
las alas del corazón.
DOÑA PACA. A mí también, hija mía;
no es el caso para menos,
¡Jesús, cómo me palpita!
Don Carlos tiene la culpa
de estas y otras desdichas,
luego este don Martinito
al punto se encoleriza;
¿qué había de suceder?
LUISA. Y nosotras dos las víctimas.
DON MARTÍN.
(Más calmado, llegando a ellas.)
Oigan ustedes, ¿he dicho
alguna cosa ofensiva
a ese hombre?, pues no quiero
que de mí nunca se diga
que fiado de mi destreza
insulto, hablo sin medida,
o soy ligero en acciones;
eso no, y satisfarían
a don Carlos mis palabras
si tal fuese.
LUISA. Mamá mía.
¿No es verdad que no le ha dicho
ni una palabra ofensiva?
DON MARTÍN. No acredite usted con nadie;
me basta que usted lo diga.
¿Y él ofendió a ustedes dos?
¿Me dijo alguna invectiva?
Porque es mordaz como un diablo.
DOÑA PACA. Es lo mismo que una víbora.
DON MARTÍN. Si la dijo, le perdono,
sí, porque yo a sangre fría
soy indulgente con todos,
tengo el alma compasiva,
y... ¿qué me dijo, señora,
como usted dice, esa víbora?

DOÑA PACA. Nada, nada, don Martín;
ya pasó. Dios le bendiga
y lo aparte de nosotros,
que es cuanto se necesita.
¡Ay!, si vive mi pariente,
y está presente a la riña,
con los dientes lo deshace.
De tu padre hablo, hija mía;
él evitara el trabajo
de que usted fuera a la cita.
¡Picaronazo! ¡inhumano!
que intenta quitar tres vidas.
DON MARTÍN. (Ya no hay duda, mis orejas
bien entendido lo habían.
Me desafió, me mata.)
¿Oyó usted que él dijo cita?
DOÑA PACA. ¡Ay, sí, lo oí!
LUISA. Yo también.
DON MARTÍN. Ya a mí me lo parecía.
DOÑA PACA. Aquí somos tres testigos
que probárselo podrían;
voy a ponerme la capa
y a avisar a la justicia.
DON MARTÍN. Doña Paca, esté usted quieta;
¿no ve usted que se diría
que soy cobarde? (Y aquí,
donde ya se lo malician.)
Señora, el noble se bate,
gana honor o da la vida.
(Bien sabe Dios que esta máxima
no es de mi gusto ni es mía.)
DOÑA PACA. A pesar de eso reviento
por llamar a la justicia.
LUISA. Dejarlo, madre; no quiere:
lo dije, somos las víctimas,
y hemos de morir los tres
por ley de caballería.
DOÑA PACA. ¡Ley bárbara!
LUISA. ¡Ley terrible!
DON MARTÍN. Me voy a sentar, amigas.
(Muy apesadumbrado.)

ESCENA VI

DOÑA PACA, LUISA, DON MARTÍN, EUGENIO *(A la puerta. Todos muy tristes y silenciosos.* DON MARTÍN da un suspiro.)

DON MARTÍN. (¡Ay, Dios, qué será de mí!)
EUGENIO. Allí está: maldito viejo.
¿Entro? No; ¿qué haré?, entraré...
Siempre con Luisa: me vuelvo:

no; ya me ha visto.
DON MARTÍN. ¿Qué haces,
hecho ahí un estafermo?
Entra o vete, que pareces
una fantasma.
EUGENIO. Ya entro,
(Al decir esto tropieza; va a caer encima de DON MARTÍN.)
DON MARTÍN. ¿Qué es esto? ¿Tú a mí te atreves?
(Con enojo.)
Insolente, que me has hecho
agua un pie de un pisotón,
y tú lo has hecho queriendo.
EUGENIO. Yo, no señor; y yo... qué
culpa tengo, si tropiezo.
DOÑA PACA. ¡Este señor don Martín,
como es tan vivo de genio...!
No se altere usted por Dios,
que puede ser muy funesto
para su salud. ¡Dios mío!
estoy temblando de miedo.
LUISA. ¡Ay!, yo estoy tan asustada,
tengo un ataque de nervios.
¡Ay, Dios!, su tío de usted
se va a matar, don Eugenio.
DON MARTÍN. ¡Ay!
EUGENIO. ¿A matar? ¿Y por qué?
¿Y está a matarse resuelto?
¿Le han cogido ustedes armas?
¿Ha dispuesto algún veneno?
¿Por qué se va usted a matar,
a suicidarse?
DOÑA PACA. No es eso.
EUGENIO. Yo llamaré a los criados
que lo impidan.
LUISA. Si no es eso.
EUGENIO. Sí, señor, que le registren
por si lleva algún veneno
o pistola en el bolsillo.
DOÑA PACA. Por Dios, señor don Eugenio,
que no es eso.
EUGENIO. ¿Pues qué es?
LUISA. Que le han armado un tropiezo;
que quieren asesinarle.
DON MARTÍN. Y mucho que me recelo
(¡Ay, Dios!) que para lograrlo
busque algunos compañeros
que le ayuden.
EUGENIO. ¡Santo Dios!
¿Quién es?... El nombre al momento
del que le quiere matar

digan ustedes, que vuelo
a dar parte a la justicia;
iré al corregidor mesmo,
al ministro, a algún alcalde.
(Tiene el sombrero en la mano izquierda.)
¿Adónde he puesto el sombrero?
Ya se perdió: ya está aquí:
(Se pone el sombrero de DON MARTÍN, *que se le mete hasta las narices.)*
no es éste; vaya, lo tengo
en la mano.
DON MARTÍN. ¡Ay!
LUISA. Don Martín,
usted va a ponerse enfermo
si no se sosiega usted.
DOÑA PACA. ¡Ay, qué color se le ha puesto!
DON MARTÍN. Déjenme ustedes; estoy
que ni aun sufrirme a mí puedo;
(Con enfado.)
estoy temblando de cólera.
(En qué demonio de enredo
(Muy afligido.)
he ido a meterme...) Mi hermano
el de Córdoba se ha muerto:
¡a mí todo se me junta!...
EUGENIO. Voy a dar parte.
(Vase muy precipitado.)
DON MARTÍN. ¡No hay medio!...
(Aparte entre dientes.)
¡Una cita!
DOÑA PACA. ¿Manda usted?
(Con dulzura.)
DON MARTÍN. A usted no le importa un bledo.
LUISA. No se enfade usted por Dios:
sosiegue usted ese genio.
DON MARTÍN. Sí, Luisita, usted perdone.
(A DOÑA PACA*.)*
(Maldita seas, que me has puesto
en este trance terrible.)
LUISA. (De risa casi reviento.)
¡Ay!, usted ya no me quiere;
me mata usted con su ceño.
(Haré que lloro y la risa
cubriré con el pañuelo.)
DOÑA PACA. *(A* LUISA*)*
(Mira, Luisa, te pellizco
si sales ahora riendo.)
Don Martín, ¡ay!, mi difunto
había de vivir, que presto
le daría el pago a ese tuno;
pues sí, que bonito genio

tenía el niño; era otro usted
para quimeras.
DON MARTÍN. No temo
al tal don Carlitos yo;
pero si lleva un sujeto
que llaman *El turco* (¡ay!)
de padrino, entonces ciertos
son los toros. (¡Ay Dios mío!
¡Qué laberinto! ¡Qué enredo!)
LUISA. ¡Qué nombre! ¿Oye usted? ¡El turco!
(A su madre.)
DON MARTÍN. Es hombre que lleva muertos
más de siete en desafío.
(Sin duda, mañana muero.
¡Locura como la mía...!)

ESCENA VII

DOÑA PACA, LUISA, DON MARTÍN, EUGENIO *(Entra atropelladamente.)*

EUGENIO. ¿Cómo se llama? Que vuelvo
desde la calle Mayor
sudando y falto de aliento.
*(*DON MARTÍN *se levanta muy azorado.)*
DON MARTÍN. ¿Quién?, ¿le has hallado?, ¿te ha dicho
que me aguarda ya en el puesto?
EUGENIO. *(Sorprendido.)*
¿Pues cómo?, ¿qué ocurre?, ¿acaso
hay otro negocio nuevo?
DON MARTÍN. ¿Y te ha dicho con qué armas?,
porque todavía no tengo
mi testigo.
EUGENIO. ¿Pues testigos
estas señoras no fueron?
¿Las armas?, será un cuchillo.
DON MARTÍN. Yo no sé, nunca te entiendo
¿un cuchillo?
LUISA. ¿Pero qué
quiere usted decir, Eugenio?
DON MARTÍN. Eso es lo que yo digo;
tú siempre habrás de ser necio.
DOÑA PACA. ¿Pero qué? Explíquese usted
porque yo a fe que no entiendo
nada.
EUGENIO. Ese hombre.
DON MARTÍN. ¿Qué hombre?
EUGENIO. Ese que ustedes dijeron.
LUISA. ¿Y quién dijimos nosotras?
EUGENIO. Ese, que ya no me acuerdo,
El que quiere asesinar...
DON MARTÍN. Y bien, sigue.

DOÑA PACA. ¡Qué tormento!
EUGENIO. Ese.
DON MARTÍN. ¿Pero quién es ése?
EUGENIO. Que cómo se llama quiero
saber sólo.
DON MARTÍN. Y ¿qué te importa
a ti?
EUGENIO. Toma, yo me entiendo.
DON MARTÍN. ¡Te quitas, o vive Dios!...
(Pues no me asustó el zopenco...
EUGENIO. Pero yo...
DON MARTÍN. *(Con enojo.)*
Vete al instante.
EUGENIO. ¿Pero yo qué culpa tengo?
Por hacer a usted un favor...
DON MARTÍN. Vete, si no ¡juro al cielo!...
LUISA. ¡Don Martín!
DOÑA PACA. Déjelo usted.
DON MARTÍN. Pues que se vaya al momento.
EUGENIO. La culpa la tengo yo
(Ojalá te maten luego,
tanto mejor para mí.)

ESCENA VIII
DOÑA PACA, LUISA, DON MARTÍN, EUGENIO, AMBROSIO

AMBROSIO. Ha llegado un caballero
que pregunta por usted.
DON MARTÍN. Visita más poco a tiempo
no llegó nunca.
AMBROSIO. Y me ha dicho
que quiere entrar al momento.
DON MARTÍN. ¡Ay! ¿Qué será?
LUISA. ¿Y usted sólo
va a quedarse aquí, y expuesto
a que lo mate aquí mismo?
No señor; no, yo me quedo
con usted.
DOÑA PACA. Nosotras, sí,
sobre usted vigilaremos;
no es cosa que usted se exponga.
DON MARTÍN. Ese será el mensajero
de don Carlos: ¿di, qué facha?...
LUISA. Debe ser un hombre feo.
AMBROSIO. Tiene un chirlo que le coge
de la frente hasta el pescuezo,
de parte a parte.
(Señala.)
DON MARTÍN. Es el turco:
pues señor, negocio hecho.

(A las señoras.)
Si ustedes me dejan sólo
lo estimaré.
DOÑA PACA. ¿En tanto riesgo?
DON MARTÍN. Creo no corra ninguno,
por este momento al menos.
DOÑA PACA. ¡Ay Jesús! Yo voy temblando.
LUISA. ¡Con cuánta pena le dejo!
(Vanse.)
DON MARTÍN. Tú, Ambrosio, estate a la mira.

ESCENA IX
DON MARTÍN, EL CORONEL *(Entra.)*

CORONEL. ¿Dí, te parece a ti bueno
que haya de hacer antesala
quien después de tanto tiempo
que no te ha visto aún se acuerda
de ti? ¿Díme majadero?
DON MARTÍN. (Majadero me llamó.)
No tengo el honor..., no acierto...
(Sorprendido.)
(¡Cáspita, el tono que trae!)
CORONEL. Tú siempre fuiste algo lerdo;
no es extraño que no aciertes;
repárame bien, camueso.
DON MARTÍN. (Este hombre sólo ha venido
a decirme vituperios.
¡Y qué facha tan terrible!)
Señor, de veras no acierto
quien sea usted, no hago memoria...
CORONEL. Yo soy un hombre.
DON MARTÍN. Lo creo.
(Con respeto.)
CORONEL. Mas no te asuste, Martín.
¿Has olvidado a Renzuelo,
coronel de infantería...?
DON MARTÍN. *(Abrazándole.)*
¿Y eres tú?, ¿qué, no te has muerto?
(¡Si supiera doña Paca!...)
Me vuelves el alma al cuerpo.
¿Conque vives?
CORONEL. ¿No me ves?
DON MARTÍN. ¡Jesús, Jesús, me dijeron
que te habían visto morir!
Mira, Juan...
CORONEL. Pues te mintieron.
Hombre, tú no has cambiado;
sólo estás algo más viejo.
¿Ya tendrás sesenta años?

DON MARTÍN. Sí, sesenta; ve añadiendo:
sí, sesenta.
CORONEL. Estoy seguro
de que no son muchos menos.
DON MARTÍN. Ya se ve, un millón de años
no me faltan para hacerlos.
Yo no sé cómo tú cuentas
los años; pero dejemos
esto, que no viene al caso.
¿Y has llegado ha mucho tiempo?
CORONEL. He llegado anteayer,
y me he venido derecho
a verte cuando he sabido
tu habitación.
DON MARTÍN. Estoy cierto
que no te ha costado mucho
encontrarla, y que al primero
que preguntaste por mí
te dio razón al momento.
Todo Madrid me conoce.
CORONEL. Y hasta también añadieron
que tratabas de casarte,
lo que me dejó suspenso
y me extrañó en gran manera,
porque tú...
DON MARTÍN. Que soy ya viejo
quieres decir.
CORONEL. Y además
tienes partidas de perro
con las prójimas, Martín;
tarde te vino el deseo;
buen gancho será la niña.
DON MARTÍN. (Hablara con más respeto
si supiera que es su hija.)
Pero hombre, díme, Renzuelo,
¿tu familia no la has visto?
CORONEL. ¿Y sabes si yo la tengo
para hacerme esa pregunta,
Barandilla?
DON MARTÍN. (Pone ceño.
Ya me dijo doña Paca.)
¿Dí, tus parientes han muerto?
CORONEL. ¿Ignoras, Martín, que sólo
tenía un tío muy viejo,
que murió en Valladolid
hará dos años y medio,
y mi primo, el que mataron
en un desafío?
DON MARTÍN. (¡Cielos!)
¿En un desafío? (A mí

me va a suceder lo mesmo.)
¿En un desafío?
CORONEL. Sí;
¿qué hay de extraordinario en eso?
Que le mató su contrario
como él pudo haberle muerto.
¿Por qué cambias de color?
DON MARTÍN. ¡Ay, Renzuelo, qué funestos
son los lances!
CORONEL. ¿Qué te mueve
a declamar contra ellos
en este momento?
DON MARTÍN. ¡Ay!
CORONEL. ¿Te ves en algún enredo?
Tú suspiras: habla, acaso
te sacaré del aprieto.
DON MARTÍN. Ya me lo pensaba yo
que tú venías del cielo
para salvarme.
CORONEL. Pues vamos.
¿Qué es, y cuál el remedio
que te pueda convenir?
DON MARTÍN. Hombre, qué quieres, un duelo
que me he visto precisado...
CORONEL. Punto de honor; pues me ofrezco
a servirte de padrino.
DON MARTÍN. ¿Y a cortarlo, dí? ¿No es eso
lo que intentas?
CORONEL. No, al contrario;
cuando yo en lances me meto
no es por chanza; el lance que
yo apadrine ha de ser serio.
DON MARTÍN. ¡Pero hombre!...
CORONEL. Y yo supongo
que no me dejarás feo.
DON MARTÍN. (*con mucha pena.*)
¡Con que no hay sino batirse!
(¿Por qué le habré descubierto?...)
Yo anduve descabellado;
le provoqué, te confieso.
no tendré dificultad
en confesarle mi yerro,
yo tengo buen corazón.
(¡Si lograra convencerlo!)
CORONEL. Tanto peor: yo creí
que tú nada le habías hecho;
que él era el provocativo;
y hasta juzgué que en efecto
el lance podría cortarse;
pero así no veo remedio.

DON MARTÍN. Es que no sucedió así
conforme yo te lo cuento:
corno estoy acalorado
todo lo trabuco y trueco...
¿Y crees tú que él me daría
por intercesión y ruegos
la satisfacción que dices?
Y si está en sus trece terco
y no la quisiera dar,
¿tú le forzarás a ello?
CORONEL. ¿Yo por qué? A ti te toca
tomarla con el acero.
¿Qué se dijera en Madrid
si notaran algún miedo
en don Martín Barandilla,
que justamente es el cuento
de bailes y de tertulias,
de cafés y de paseos,
de damas y de galanes,
de la alta clase y del pueblo?
Barandilla, Barandilla,
es menester más aliento,
es preciso en este lance
o matar o quedar muerto.
Tú ya sabes que lo digo
por lo mucho que te quiero.
DON MARTÍN. (Raro cariño, en verdad.)
Renzuelo, te lo agradezco.
(Eché a perder el asunto
con decírselo.)
CORONEL. ¿Qué rezo
murmuras ahí entre dientes?
DON MARTÍN. No es nada..., no..., que me acuerdo
de tu primo.
CORONEL. ¿De mi primo?
¡Vaya un recuerdo que ahora
te ha venido a la cabeza!
¿Y tú por mi primo lloras,
que nunca le conociste?
DON MARTÍN. Su muerte fue escandalosa;.
la supo todo Madrid.
¡Ay!
CORONEL. Martín, mucho te azoras:
tú has perdido la sesera.
DON MARTÍN. ¡Ay, tu primo! ¡Fuera cosa
de ver que me sucediera
lo que a tu primo!
CORONEL. ¿Y qué importa?
si así sigues, es de fijo
que puedes comprar la losa.

Pero tú que siempre fuiste
pacífico por tu propia
naturaleza, ¿a qué santo
fuiste a enredar camorra?
¿Cómo pudiste salir
de tus casillas?

DON MARTÍN. La cólera
más poco a tiempo tenida
con un hombre de pachorra,
que es capaz de provocar
a los santos con su sorna:
¡bien lo siento!

CORONEL. ¿Y qué motivo
le diste?

DON MARTÍN. (Tu hija sola
tuvo la culpa del lance.)
¿Qué quieres? Un hombre posma
que siempre me anda buscando.

CORONEL. ¿Y por qué te busca?

DON MARTÍN. Toma,
por envidia, porque ve
el mérito que me adorna;
que soy hombre conocido
de los monarcas de Europa;
que cuantas mujeres veo
me persiguen y me adoran;
y que tengo de mis viajes
para imprimir una obra
de ciento y un mil renglones,
y que estoy poniendo notas
al Quijote.

CORONEL. Tú desbarras.

DON MARTÍN. ¿Te creías que era cosa
de mil o dos mil renglones?
Ciento y un mil sin las notas,
sin tres mil recetas químicas,
y en cada nota una copla.

CORONEL. ¿A qué?

DON MARTÍN. Las que más se cantan
en las provincias de Europa;
las de Arabia, las del Rin,
las de Egipto y Caledonia,
pero al Quijote, al Quijote,
¡qué erudición!, ¡cuánta copia!
Y le enmiendo algunas faltas,
aunque en verdad tiene pocas.

CORONEL. (¡Sol de la literatura!
¿Por qué mancharán tus hojas?)
Dí, ¿se imprimirá?

DON MARTÍN. No sé;

si todo me lo trastorna
este desafío. ¡Ay, Dios!
CORONEL. Pues hombre, tómalo a broma.
DON MARTÍN. ¡Broma en llegando a este punto!
¡Ay! Me entra una zozobra,
un no sé qué, una inquietud...
CORONEL. No tienes mala carcoma;
miedo, Martín.
DON MARTÍN. ¡Ay! ¡Tu primo!
Mira, si tiemblo es de cólera.
CORONEL. Los síntomas son de miedo.
DON MARTÍN. Es furor.
CORONEL. Martín, perdona.
DON MARTÍN. No hay de qué.
CORONEL. Para saciarte
¿qué has elegido, pistola?
DON MARTÍN. A no ser corto de vista,
lo que es el valor me sobra.
CORONEL. Con eso os pondréis más cerca;
acertar es lo que importa;
todo es matar o morir;
lo siento por si te toca
la china.
DON MARTÍN. ¡Renzuelo mío!
(Abrazando al CORONEL.*)*
CORONEL. Quita allá, que me sofocas.

ESCENA X

DON MARTÍN, EL CORONEL, AMBROSIO *(Con una carta en la mano, que entregará a* DON MARTÍN.*)*

AMBROSIO. Esta carta que han traído,
y aguardan que usted responda
al momento.
(Vase.)
DON MARTÍN. *(Mirando el sobre.)*
Es de don Carlos.
¡Qué demonio de tramoya!
(La abre y se pasa la mano por los ojos.)
No sé, no puedo leer:
hasta los ojos me brotan
ira. *(Da la vuelta a la carta.)* Renzuelo, ven, hombre:
este don Carlos me acosa,
y yo... ni aun puedo leer...
CORONEL. Hasta lo negro le estorba;
tienes la carta al revés;
ven acá, así se coloca;
por aquí empieza.
DON MARTÍN. Sí, lee.
CORONEL. Tú estás que todo te azora,

y a fe que la letra es clara,
(Lee para sí.)
y la cartita, aunque es corta,
es compendiosa: te cita
al campo de aquí a una hora.
DON MARTÍN. A ver, lee, Renzuelo, lee;
acaso tú te equivocas.
CORONEL. Está visto que don Carlos
te quiere mal.
DON MARTÍN. Dale, bola;
lee, por Dios.
CORONEL. Allá voy;
tú estás ahí que te ahogas.
Pues, señor, y dice así:
«Señor don Martín Barandilla, Muy Señor mío: Los insultos entre caballeros sólo se satisfacen con la espada, y como yo creo que usted lo es, espero que esta tarde, a las cuatro y media, se hallará usted en el Canal con las armas que elija y el padrino que haya de acompañarle. Allí estaré yo con el mío, y entretanto queda de usted su seguro servidor, el que su mano besa, *Carlos de Lara*.»
DON MARTÍN. ¡Ay, Renzuelo, qué congoja!
Voy a hacer mi testamento.
CORONEL. Corazoncillo de monja,
ten ánimo.
DON MARTÍN. Yo soy viejo,
y la sociedad perdona
a los viejos el batirse;
a mi edad ya no hay camorras.
CORONEL. A menos que no se busquen,
porque mucho te equivocas
si piensas que con la edad
ya del derecho se goza
de insultar sin riesgo; y luego,
¿tú no eras joven ahora
poco?
DON MARTÍN. Perdí la cabeza;
déjame que me reponga
de este susto inesperado,
de esta continua zozobra;
vamos arriba, que voy
a hacer testamento en forma.
CORONEL. ¿Qué diablo de testamento
vas a hacer? Lo que te importa
es ir a ver a don Carlos;
vamos, ven.
(Le coge de un brazo, temblando le saca fuera.)
DON MARTÍN. ¿Y las pistolas?
CORONEL. Ven, hombre, ven, no seas plomo.
DON MARTÍN. ¡Ay! ¡Tu primo!
CORONEL. Martín, porras,
Martín, cuernos, arrastrando

te he de llevar.
DON MARTÍN. Que me ahogas.

Acto tercero

(*La misma decoración que el primer acto. Es de noche, algunos criados sacan luces.*)

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, DON CARLOS, DON MARTÍN

CORONEL. En las islas Filipinas
dejé yo los cumplimientos;
se estará una hora a la puerta
el herido con el muerto;
(Volviéndose hacia la puerta.)
el cadáver de Martín
ordeno que entre primero.
DON MARTÍN. *(Desde fuera.)*
No, señor, que aquí yo mando.
Si no entra don Carlos, no entro.
DON CARLOS. *(Entrando.)*
Ea, pues.
DON MARTÍN. Así me gusta,
señores, tomad asiento.
Hoy estoy muy quebrantado.
DON CARLOS. Será la culpa del tiempo.
CORONEL. Sí, que a los viejos no prueba
en estos días de invierno
andar fuera de techado
a todas horas y en cuerpo;
mas tú por lucir el talle...
Vaya, lo mismo se encuentra
que le dejé a mi partida.
DON MARTÍN. En cuanto a robusto es cierto;
pero ya tengo más juicio.
CORONEL. Debieras: la edad al menos...
DON MARTÍN. (Este va a desaprobar
la boda.) Hombre, no es eso:
Mira, Juan, cuando salimos
a buscar al caballero
el asunto corría prisa,
el coche no estaba puesto,
la capa me impide andar,
y por eso salí en cuerpo:
no te pienses que estoy malo;
algo de dolor de huesos...
CORONEL. Entonces será el reuma,
que se ha hecho absoluto dueño
hace más de cuarenta años
de tu físico.
DON MARTÍN. No es cierto.

Tengo mi cuerpo muy sano.
CORONEL. Vaya, pues muy buen provecho;
pero hablemos de otra cosa,
que nos importa más que eso;
don Carlos, por lo pasado
creo está usted satisfecho;
Martín me parece que
ha confesado su yerro
manifestándole a usted
que eran faltas de su genio.
DON MARTÍN. (Este condenado de hombre,
¿a que resucita muertos?)
Lo que dije a usted, de veras,
como lo dije lo siento,
que era usted mi íntimo amigo,
que yo tenía dos duelos,
el uno de hombre a hombre,
y otro con mis sentimientos;
que no sé si en mis palabras
anduve un poco indiscreto,
y si fue, pido perdón
a quien mil favores debo;
que yo no guardo rencor;
en fin, que no dije aquello...
DON CARLOS. Señores, yo ya he olvidado
el lance poco halagüeño
que a los dos nos indispuso.
CORONEL. No me esperaba yo menos.
DON MARTÍN. Aquí dio fin la tristeza;
no se vuelva a hablar más de eso;
Carlos, alarga la mano;
contigo sin cumplimientos;
tú por tú, de hoy adelante.
DON CARLOS. Bien, hombre.
DON MARTÍN. Di algo al menos;
habla ahora más que sea
de la bo...
(Calla al acordarse del CORONEL*.)*
DON CARLOS. ¿Del casamiento
que usted quiere contraer?
¿Y al cabo está usted resuelto?
DON MARTÍN. Hombre, si yo necesito...
CORONEL. ¿Quieres tener heredero,
no es verdad?
DON CARLOS. ¿Pero el señor
no es su...?
DON MARTÍN. *(Interrumpiendo.)*
Cuanto me alegro
que hayas venido de América.
Es su padre *(A* DON CARLOS*)*, sí, silencio.

DON CARLOS. *(A* DON MARTÍN.*)*
Usted quiere darle chasco.
(No me parece pequeño
el que vas a llevar tú.)
CORONEL. ¿Con qué diablos de secretos
andas ahí, Barandilla?
¿Estás echando requiebros
a don Carlos?
DON MARTÍN. Sí; le pido
que disimule mi genio;
soy tan vivo... *(Meneando la cabeza muy deprisa.)*
Pues me caso
mi querido Juan Renzuelo.
CORONEL. Pues amigo Barandilla,
no conocerás tus nietos.
Hablando formal, Martín,
si me dicen qué más quiero,
ser célibe o ser marido,
conforme me estoy me quedo;
pero no por eso creas
que si casas bien lo siento.
DON MARTÍN. (Cómo se hace el solterón
el maldito, y es mi suegro.)
Caso con mujer hermosa,
recogida, y un modelo
de virtud; muy poco amiga
de lujo, bailes, paseos;
hija de padres muy nobles,
y en cuanto a rica, veremos.
CORONEL. Sólo es rica con que tenga
virtud y recogimiento.
La hermosura, Barandilla,
en mujer propia es lo menos,
y aun pienso que está de más
para la mujer de un viejo.
DON MARTÍN. Siempre acabas la oración
con ese mismo argumento.
Tú vendrás hecho un indiano,
con más doblones que pelos.
CORONEL. Hombre, no soy poderoso,
pero traigo algún dinero.
DON MARTÍN. (Mi arca, llamada mazmorra,
va a tragarse tus talegos.)
Sí, ¿eh!, conque ¿vienes rico?
Pues, señor, vaya, me alegro;
ya no estoy pobre tampoco.
No te pienses que soy Creso;
pero el día de la boda
verás no me porto menos.
Ni Camacho, ni Cleopatra

dieron un festín tan bueno
como el mío: de Inglaterra
he de traer cocineros,
y de los más afamados,
los mismos que me sirvieron
cuando di un combite en Londres
al rey Jorge, que ya ha muerto.

DON CARLOS. Es noticia.

DON MARTÍN. Si en España
no saben ni freír huevos.
Veréis qué mesa. Os convido.

CORONEL. Y no temas que faltemos.
¿Pero cuándo es esta boda?
¿Con quién es el casamiento?
Dílo claro.

DON MARTÍN. Don Juanito,
no se puede decir eso.
Carlos, no le digas nada,
porque quiero sorprenderlo.

DON CARLOS. Hombre, extraño la advertencia
cuando me ves hecho un muerto.
(Tratar de tú a don Martín
es tutear a mi abuelo.)

DON MARTÍN. Tú verás, mi coronel,
lo que te tengo dispuesto.

CORONEL. Pues, señor, bien.

DON CARLOS. (Yo lo silbo
si es cual pienso el desenredo;
callo, y él se las avenga,
cásese o quede soltero.)

ESCENA II

DON JUAN, DON CARLOS, AMBROSIO *(A la puerta.)*, DON MARTÍN *(Echándole de ver.)*

DON MARTÍN. ¿Qué quieres, segundo Judas?

AMBROSIO. ¿Puede usted oír un secreto?

DON MARTÍN. Allá voy.

(Se acerca a la puerta.)

CORONEL. Señor don Carlos,
Martín ha perdido el seso.

DON CARLOS. En tocando al amor propio
solamente es loco o necio,
pero juicioso y sagaz
en asuntos de comercio.
Yo no sé...

AMBROSIO. *(A* DON MARTÍN.*)*
Mi señorita
me ha dicho que quiere verlo
a usted pronto, que está en ascuas,

y que va a entrar al momento
si no se van las visitas;
que haga usted se vayan presto;
y afirmó su impaciencia
con más de veinte corriendos.

DON MARTÍN. Ya se ve, tiene razón.
(Más yo he de echar a Renzuelo,
si no el plan...) Ve y díle, Ambrosio,
que voy a salir y vuelvo
al instante.

AMBROSIO. Está muy bien.

DON MARTÍN. *(A los dos.)*
¿Qué se piensa caballeros?
¡Hombres!, se me había olvidado
ir a tomar el refresco.
Vamos pronto, levantarse.
Será espléndido.

CORONEL. No entiendo
a qué santo vas a darnos
ese dichoso refresco.

DON MARTÍN. Refresco como yo doy
cuando salgo bien de un duelo.

CORONEL. Verdad es; yo no caía...

DON CARLOS. Vamos allá...

DON MARTÍN. Id saliendo.

(*Vanse*.)

ESCENA III

AMBROSIO. Pues, señor, no cabe duda;
si yo no ato mal los cabos,
Juan Renzuelo, coronel,
coronel americano,
que antes de ir a las Indias
ya era amigo de mi amo.
Ítem más, que don Martín
le llamó el resucitado.
¡Ay!, que sí salgo con bien
le compro una vela a un santo.
¡y yo que le dije, ¡burro!,
que serví siendo muchacho
en casa de doña Paca
cuando el marido enfadado
pilló las de Villadiego...
ya se ve, para afirmarlo!
¡Quién lo había de pensar!
Yo en verdad no siento tanto
que don Martín me despida
sin abonarme el salario,
que es lo más que hace; yo temo

que sepa anduve en el ajo
el bueno del coronel,
y que fui testigo falso,
que entonces da fin la historia
de Ambrosio, el más fiel criado:
¡Ay! aquí llega la víctima:
voy a decírselo claro,
que las bebidas amargas
mejor se pasan de un trago,

ESCENA IV
LUISA, AMBROSIO

LUISA. *(Con sentimiento.)*
Ambrosio, dime, ¿no ha vuelto
ese corazón helado?
AMBROSIO. *(Imitándola.)*
No, señora, que no ha vuelto
que hace poco se marcharon
Don Carlos, él y su suegro,
aquel coronel indiano
padre de mi señorita,
cuando éramos dos muchachos:
aquel que aplastó una bomba
en el sitio del Callao;
con don Juan Renzuelo, digo,
que está vivo y ha llegado.
LUISA. ¿Ambrosio, no me conoces?,
¿o tú estás loco o borracho?
AMBROSIO. ¡Ojalá, doña Luisita,
me viese usted hecho un Baco!
Más tan cierto es lo que digo
como aquí los dos estamos.
LUISA. Oye, dí, ¿qué señas tiene?
Responde sin estudiarlo;
él es bajo de estatura.
AMBROSIO. No, señora, no, que es alto,
y en salvo la parte tiene
un chirlo de más de un palmo.
LUISA. (En la guerra del francés
dicen que le hirió un polaco
en la cara.) Sigue, Ambrosio.
AMBROSIO. Color moreno atezado,
un sí es no es algo cojo,
y unos pelos como un diablo,
tiesos, un bigote...
LUISA. Calla,
que me estás asesinando.
¿Conque es algo cojo?
AMBROSIO. Un poco

me ha parecido carranco
de tal pierna como ésta.
LUISA. (Ahí mismo tiene un balazo.)
Voy con madre, que le sabe
toda la vida y milagros
lo mismo que el Padrenuestro.
Sigue, Ambrosio.
(Cada vez con más sobresalto.)
AMBROSIO. Voy andando;
pero por mí estoy seguro
que el coronel ha llegado.
LUISA. Que me matas, mira, Ambrosio,
cuando te oigo asegurarlo.
Sí... es cierto...
AMBROSIO. ¿Qué le da a usted?
LUISA. Tenme, tenme, que me caigo.
(La sienta en una silla.)
AMBROSIO. Pues, señor, no me faltaba
sino que le dure el pasmo,
que entre ahora don Martín,
que piense que la he hecho algo,
que sin cuerpo de delito
castigue en mí el *por si acaso*,
que me encierre, que descubra
aquel pastel entretanto,
que averigüe el coronel
que yo también lo he amasado,
que le pida a Barandilla
me suelte y él me eche el gancho,
cata que salí de Herodes
para caer en Pilatos
el coronel me desuella...
¡San Bartolomé! Yo escapo.
(Va a irse y llama DOÑA PACA *a la puerta.)*

ESCENA V
LUISA, AMBROSIO Y DOÑA PACA

DOÑA PACA. *(Desde fuera.)*
Don Martín, ¿se puede entrar?
AMBROSIO. Vaya, lo mismo es, la suegra.
Hazte cuenta, pobre Ambrosio,
que te echaron a las fieras.
También soy *víctima* yo
de las uñas de una vieja.
DOÑA PACA. *(Entrando.)*
Como oigo ruido en el cuarto,
valida de la franqueza...
(Arrojándose a él y cogiéndole del brazo.)
¿Qué es lo que miro, canalla?

¿Qué le has hecho?, ya está muerta.
AMBROSIO. Suelte usted, no la he hecho nada.
DOÑA PACA. Quién fuera perro de presa.
AMBROSIO. Suélteme usted, por la Virgen,
si no pierdo la paciencia.
DOÑA PACA: Dí, ¿qué has hecho, picarón?
AMBROSIO. Nada; que lo diga ella.
DOÑA PACA. No es posible, algo muy malo
será, que no es de las hembras
que por todo se desmayan,
y ahora lo está de veras.
Hija de mis ojos, díme
si este hijo de una perra
te hizo o quiso hacer
alguna cosa perversa.
AMBROSIO. Lo dije.
LUISA. No, madre mía,
no fue él, ¡ojalá fuera!
DOÑA PACA. Pues hablad pronto; decidme
qué cosa, quién fue y quién sea
el autor de este trastorno.
LUISA. A mí me faltan las fuerzas;
¡ay, madre de mis entrañas!
Cuando usted misma lo sepa...
DOÑA PACA. Ambrosio...
AMBROSIO. Que su marido
de usted ha vuelto de América.
DOÑA PACA: ¿Qué marido?
AMBROSIO. El coronel
don Juan Renzuelo.
DOÑA PACA La lengua
te había de hacer añicos
por infame y embustero;
no te espantes *(A* LUISA.*)*, que una bomba
lo aplastó como una breva;
tan *(A* AMBROSIO.*)* muerto estuvieras tú
podrido y comiendo tierra.
AMBROSIO. Pues lo he visto con mis ojos.
LUISA. Sí, mamá; ya estamos frescas;
sin haberlo oído nunca,
me ha dado todas las señas;
la cicatriz, la estatura,
el color y la cojera;
vamos, todas.
DOÑA PACA. No te asustes,
que ése es el moro, tontuela.
AMBROSIO. ¿Se llama el moro don Juan?
¿Se llama Renzuelo, y llega
de América hace muy poco?
¿Tiene con mi amo franqueza

para tratarlo de tú?
¿Es moro de paz o guerra?
Pues éste al entrar en casa
le dio con toda su fuerza
a mi amo veinte abrazos,
se hicieron dos mil finezas.

(Esto lo hará imitando con DOÑA PACA lo que vio hacer a DON JUAN *y a* DON MARTÍN.*)*

Yo lo vi.
«Adiós, viejo», dijo al amo,
y el amo: «Adiós, calavera.
¡Hombre!, ¿tú has resucitado?
yo te creía en la huesa...»

DOÑA PACA. Quita allá, que estoy difunta.
AMBROSIO. Vaya, ¿está usted satisfecha?
DOÑA PACA. ¿Tú lo viste?
AMBROSIO. Yo lo vi.
DOÑA PACA. ¿Lo oíste?
AMBROSIO. Con mis orejas.
DOÑA PACA. ¿Y es lo mismo que lo dices?
AMBROSIO. Como lo dice mi lengua.
DOÑA PACA. Pues adiós yerno, adiós casa,
adiós coche y adiós mesa,
adiós criados con frac,
adiós modista y doncella...
AMBROSIO. Que a mí me espera la cárcel
y a ustedes dos la galera.
DOÑA PACA. ¡Cómo! ¿Ya ultrajas, villano,
dos damas en la pobreza?
No, señor; aún no, hija mía,
tu madre aún no desalienta
ni desmaya al primer golpe;
muchos recursos me quedan.
Vamos a tratar las dos
cómo gobernamos esto...
LUISA. (Estoy muerta.)
Sí, escucho; siga usted, madre.
DOÑA PACA. Él al fin es el que hereda
por derecho a don Martín,
no seas tonta, ¿estás? Lo pescas,
y así por un lado u otro
hemos de coger la hacienda.
Al fin él es su sobrino,
y tarde o temprano es fuerza
que lo perdone... y los hijos
que enternecen a una piedra.
Yo entre tanto aquí me quedo
para lamentar tu pérdida.
Sostendré que el coronel
es mi marido, que intenta

por fin de su mala vida
deshonrarme, que me niega
porque le sé sus milagros;
ya sé el papel que me queda
que hacer, y mucho será
que a don Martín no convenza.

LUISA. Pero mire usted que Eugenio
es un hombre sin cabeza,
y no sabe lo que se hace,
y...

DOÑA PACA. ¡Qué remedio! Ello es fuerza
salir, hija, del pantano
de cualquier modo que sea.
Vamos, sosiégate, Luisa;
tú no tienes la experiencia
de tu madre, y es preciso
que hagas lo que te aconseja
por tu bien; enjuga ya
esas lágrimas, serena
un poco esa cara; Ambrosio
era preciso estuviera
ahora aquí para llamar
a Eugenio, que el tiempo vuela
y él puede tardarse mucho
en venir; ¡cómo la enreda
el diablo cuando uno menos
lo piensa! Cuando se cierra
una puerta otra se abre;
si no fuera mi experiencia...
Ten ánimo, hija. El demonio
de ese coronel, que llega
para trastornar mis planes
allá de un millón de leguas.
Cuántos se han ido y no han vuelto,
y él vuelve, maldito él sea.

LUISA. Bien, mamá; por una parte,
si salimos bien de esta
trapisonda, al cabo, aunque
me case con un tronera,
no doy la mano a un emplasto
de viejo...

DOÑA PACA. Calla, que llega
alguno.

(Se acerca a la puerta y vuelve.)

Es Eugenio; a tiempo
viene; Luisa, ten firmeza;
yo me voy; te dejo sola;
cuidado cómo la enredas.

(Vase.)

ESCENA VII
EUGENIO, LUISA

EUGENIO. Le mataron, estoy cierto;
murió, como si lo viera.
Luisita (y él no está aquí;
quedó el tío en la refriega),
señora, ¿está usted llorando?
No me da a mí menos pena;
mas no ha sido culpa mía;
yo bien quise... bien quisiera...
haberlo estorbado; él
se buscó el riesgo; me pesa
que le hayan muerto.
LUISA. ¡Eugenito!
¡Ay, cielos!
EUGENIO. ¿Y cuántos eran
los asesinos? Yo he visto
subir uno la escalera
con una cara de hereje...
Yo iba bajando de prisa,
di con él un tropezón
por mirarle, y con tal fuerza
me empujó, que a poco más
voy rodando hasta la puerta
de la calle.
LUISA. ¡Ay! Ese es
mi tirano.
EUGENIO. Sí, pues buena
facha tiene el angelito.
¿Y ha visto usted la pelea?
¿Se ha defendido mi tío?
¿Le mataron sin defensa?
¿Dónde está su cuerpo, eh?
LUISA. Mayor desgracia me espera,
¡ay!, Eugenio, si usted tiene
alma, honor, delicadeza,
socórrame usted, socorra
usted, ¡ay!, a una doncella
sin amparo, una mujer
infeliz, que a usted se entrega,
que no tiene más consuelo
que usted, y que le confiesa
a usted la triste pasión
que para aumentar su pena
ha tenido que guardar
en silencio...
EUGENIO. ¿Con que es cierta
la muerte de Barandilla?
Usted teme que le ofendan,

como ha muerto sin testar,
mis parientes; ¡suerte adversa!
No veo remedio ninguno.
Voy a pensar... *(Se lleva la mano a la frente.)*
Piensa, piensa. ¿Y sobre qué he de pensar?
(Dándose un golpe en la frente.)
Métase usted en la bodega;
yo no encuentro otro recurso;
al sótano antes que vengan;
voy por las llaves, ¡Ambrosio! *(Gritando.)*
Sí, Luisita, a la bodega.

LUISA. Calle usted, por Dios, Eugenio;
lo que más nos interesa
es el silencio.

EUGENIO. ¿Y por qué?

LUISA. Por Dios, Eugenito, atienda
usted a lo que yo digo;
no se aturda usted, si intenta
favorecerme.

EUGENIO. Es preciso
gritar para que me entiendan;
perdone usted, siga usted;
¡que siempre a mi me suceda
lo que a ninguno en el mundo
le sucedió! ¡Qué tragedia!

LUISA. Oigame usted.

EUGENIO. Sí, ya oigo,
ya todo yo soy orejas.

LUISA. Ya sabe usted que su tío
me ama, que con finezas
se ha esforzado a merecer
de mí igual correspondencia,
y que mi madre también...

EUGENIO. (¿También ha muerto la vieja?
Me lo pensé.)

LUISA. Sabe usted,
me quiere casar por fuerza

EUGENIO. Yo creí que con mi tío,
y es con otro... otro que tenga
más... más...

LUISA. Calle usted
le contaré mis tristezas.

EUGENIO. Bien dicen que nunca sale
aquello que uno se piensa.
Conque... ¿otro?

LUISA. No, Eugenio;
es con él con quien intentan
casarme, y preferiría
arrojarme de cabeza
a un pozo primero que

darle mi mano por fuerza.
Nunca, jamás, no; la llama
que en mi pecho se alienta
no es por él, Eugenio mío;
perdóname si yo ciega,

(Se pone de rodillas.)

puesta a tus pies, te declaro
mi pasión, pasión eterna
digna de ti y de mí misma
que todo mi pecho quema.
Sácame, Eugenio, de aquí;
condúceme adonde quieras;
mírame, Eugenio; tu Luisa
por su dicha te lo ruega.
¿Me amas, dí?

EUGENIO. Ya me pensaba
yo que era así; la doncella
me lo dijo. Luisa mía,
levanta, y haz lo que quieras
de mí. (Será menester
ahora casarme con ella
para cumplir por mí tío
como ha muerto.) Sí, que venga
el cura, pronto, corriendo;
vamos, vamos a la iglesia.
Te quiero más...

LUISA. Qué dichosa
soy al oír sus ternezas!
Otra vez vuelve a mi alma
la esperanza; sí, ya empieza
mi pecho a estar más tranquilo,
vamos, Eugenio, ¿qué esperas?

EUGENIO. (Pues , señor, viva el ingenio.
Saqué bien las consecuencias.)
Yo no espero nada; vamos,
que pongan la carretela;
los lacayos, los cocheros,
las criadas, las doncellas,
los mozos de cuadra, todos
es necesario que vengan.
Vamos, Luisa, ¿llamo?

(Va a tocar la campanilla.)

LUISA. ¡Eugenio!
Tú has perdido la cabeza;
tranquilízate; ¿te olvidas
de cómo estamos, no piensas
que será preciso que
nuestra boda sea secreta?

EUGENIO. ¡Ah! Sí ' es verdad, por el luto
del tío; las papeletas

de su entierro es lo primero
que hay que hacer.
LUISA. ¿Qué papeletas?
EUGENIO. Y también las de tu madre.
LUISA. ¿Te burlas? (¡Ay, qué cheveta!
Si éste nos ha de valer,
soy perdida.) ¿Me desprecias?
EUGENIO. ¡Despreciarte, Luisa mía!
No; sino pienso en las reglas
que viviendo en sociedad
manda guardar la etiqueta;
ahora esta casa es mía,
y yo soy quien manda en ella
desde la muerte...
LUISA. ¿Qué muerte?
EUGENIO. La de mi tío, ¡friolera!
LUISA. Pues si no ha muerto tu tío.
EUGENIO. ¿Cómo que no? ¿Pues tú misma
no me has dicho que murió?
LUISA. ¿Yo?
EUGENIO. Y tu madre,
LUISA. ¡Qué cabeza!
Si no es eso, Eugenio mío.
¿Cómo juzgas que quisieran
unirme a tu tío entonces?
¿Si mi madre no viviera,
quién había?...
EUGENIO. ¿Conque vive
y es sólo que te chanceas
por divertirte conmigo?
¿Y luego, cuál es la pena
que tanto te aflige?
LUISA. Conque
¿no entendiste?
EUGENIO. Ni una letra.
LUISA. Tú no me quieres, Eugenio.
EUGENIO. Conque, ¿no ha habido pelea,
y el tío vive?
LUISA. Ese es
el mayor mal que me aqueja.
EUGENIO. Su vida o su muerte, ¿cuál?
Vaya, díme lo que sientes;
explícate de una vez.
LUISA. Eugenio, lo que desea
tu Luisa en tanta desdicha
es que a sacarla te ofrezcas
de aquí ahora, y más que luego
suceda lo que suceda.
¿Te decides?
EUGENIO. ¿A sacarte?

Vaya, bien, eso no cuesta
mucho trabajo; ya caigo,
el tío salió, y tú intentas
saber lo que ha sido de él.

LUISA. *(Irritada.)*
No. ¡Jesús y qué tontera!
Quiero casarme contigo
y no con tu tío.

EUGENIO. Dijeras
eso mismo hace una hora,
y al momento te entendiera.
Vaya, vamos.

LUISA. Es preciso
que aquí ninguno me vea
salir contigo de casa,
y que busques la manera
de disfrazarme.

EUGENIO. ¿Un disfraz?
Bien pensado; pronto, ¡ea!,
ponte mi frac, mi sombrero,
(Se quita el frac y el sombrero y se lo pone a LUISA.*)*
que voy a salir afuera
a quitarme el pantalón,
me voy a quedar en piernas;
no importa, tú eres primero;
es menester que te vengas
conmigo; yo con la capa
me embozaré; es cosa hecha...

LUISA. ¡Ay, Eugenio! Ven, despacha.

EUGENIO. ¿Qué me despache?

DON MARTÍN. *(Desde fuera.)*
Esas velas,
que no se las coma el gato;
hoy quiero yo ver la cuenta.

LUISA. ¡Ay, que viene don Martín!Eugenio, escóndete, vuela.
*(*EUGENIO, *sin frac ni sombrero, huye por un lado y por otro sin saber adónde ir, y tropieza contra una mesa.* LUISA *le pone el sombrero, le echa la casaca encima y le mete dentro de la alcoba.)*

EUGENIO. Ya está aquí; ya me cogió;
tropecé, malditas mesas.

LUISA. Aquí; toma esa casaca;
escóndete aquí y espera
ahí, detrás de esas cortinas;
cuidado cómo resuellas.

ESCENA VIII

EUGENIO, LUISA, DOÑA PACA *(Entra por donde* EUGENIO *va a esconderse.)*

EUGENIO. Me pisó...

DOÑA PACA. Quítate de ahí,

Luisa, pon cara risueña,
que viene.

ESCENA IX
LUISA, EUGENIO, DOÑA PACA, DON MARTÍN

DON MARTÍN. Señoras, vuelvo.
LAS DOS: ¡Ay!, que sea enhorabuena.
DOÑA PACA. ¿Salió usted bien? Y don Carlos
¿ha quedado en la palestra?
¿Ha quedado usted en paz?
LUISA. ¡Ay, mí don Martín, qué pena!
EUGENIO. *(Sacando la cabeza.)*
Le ha llamado su Martín!
¡Está loca!
DOÑA PACA. ¡Si supiera
usted cuánto me costó
contener a Luisa! Apenas
entró el moro, que venía
de parte del buena pieza
de don Carlos...
DON MARTÍN. Doña Paca,
don Carlos en la contienda
se ha portado como hombre;
yo le paré la primera
estocada; me repuse,
y respondiéndole en tercia
le desarmé; es todo un hombre;
yo le estimo, y él me aprecia;
me debe la vida.
DOÑA PACA. ¿Y qué
dijo el moro?
DON MARTÍN. Mi destreza
y mi calma me valieron.
LUISA. ¿Y el moro?
DON MARTÍN. ¿Moro?
DOÑA PACA. Esa fiera
que usted, recelaba tanto,
que me tiene casi vuelta
la cabeza.
DON MARTÍN. ¿El moro?
DOÑA PACA. Sí.
Ese moro que amedrenta
con sólo verlo.
DON MARTÍN. Señora,
usted pienso que está fuera
de su juicio; usted delira;
dale con el moro, y vuelta
con el moro; usted sin duda
no sabe lo que se pesca.

¿Qué moro ni qué ocho cuartos?
DOÑA PACA. El moro de la pendencia.
LUISA. El padrino de don Carlos.
DON MARTÍN. ¡Ah, el turco! Pues está buena
la equivocación; el moro;
¿quién diablos había, así, a tientas,
de atinar por ese nombre?
(Será menester a éstas
decirles que estaba el turco.)
Ya le dije buenas frescas;
le hice callar.
DOÑA PACA. ¿Con que estaba
allí ese turco? ¿Y qué señas
tiene, que dicen que asusta
con su cara y la presencia
que tiene de un tigre? ¡Ay, Dios!
Luisa y yo estábamos muertas.
DON MARTÍN. Pues yo con mi sangre fría
le dije que se pusiera
en vez de don Carlos, y ese
de quien tantas cosas cuentan,
cuando me vio puesto en guardia,
calló y usó de prudencia.
DOÑA PACA. ¿Con que el turco estaba allí?
¿Lo ves, Luisa, cómo era
el turco? ¿Es alto?
DON MARTÍN. Es un hombre
más largo que la Cuaresma;
la cara ancha, ojos grandes,
unos bigotes de media
vara, mirada de Herodes,
cejijunto, y unas fuerzas...
DOÑA PACA. (Ese pícaro de Ambrosio...)
DON MARTÍN. Como un jayán; con cualquiera
cuando va él por la calle
que le mira o le tropieza,
aunque le pida perdón
ya se sabe que la enreda;
pero conmigo, señora,
esos matones encuentran
la horma de su zapato;
ya me conocen; ¡me tiemblan!
DOÑA PACA. Conque ¿tuvo miedo el turco?
LUISA. (Ya respiro.) Martín mío,
por Dios, que no vuelva usted
a enredar otro conflicto;
tenga usted piedad de mí
si me tiene algún cariño.
DOÑA PACA. De una viuda y de una huérfana;
sí, por Dios, don Martinito.

Librodot

(No me paga Ambrosio el susto
aunque se volviera mico.)
¿Conque don Carlos y usted
han quedado tan amigos?

DON MARTÍN. Eso es claro; mas que nunca
después de este desafío;
me debe la vida; pero,
señoras mías, es preciso
que esto quede entre nosotros
y que ni el más leve indicio
haya del lance; los hombres
se baten sin meter ruido;
el que va al campo es valiente,
y el vencedor y el vencido
quedan iguales; así,
lo que aquí a ustedes he dicho
sobre el combate es forzoso
no volver a repetirlo;
pudiera ofenderse Carlos,
no que a mí me importe un pito;
pero no es del vencedor
noble insultar al vencido.
¿Están ustedes? Conque,
silencio, yo lo suplico.

DOÑA PACA. Por mí nada se sabrá.

LUISA. Pues yo nunca a nadie digo
esta boca es mía.

DOÑA PACA. Y yo
sé muy bien guardar sigilo.
(Voy a hablarle de Renzuelo.)
Bien lo decía mi marido,
que, a pesar de todo, nunca
guardó secreto conmigo.

DON MARTÍN. ¿Qué diría usted, doña Paca,
si estuviese don Juan vivo?

DOÑA PACA. ¡Ay, Jesús!... ¡Qué más quisiera
yo que saberlo de fijo!
Pero no se burle usted;
no vive, no; ¡pobrecito!
Está ya comiendo tierra,
y usted, don Martín, ha visto
mi fe de viuda; ¡infeliz!,
le perdió su genio vivo;
quien busca el peligro, ¡ay!,
muere al cabo en el peligro;
dicen verdad.

LUISA. (¡Ay! ¡Él es!
¡Ay, mamá!)

DON MARTÍN. (Será preciso
ir despacito, no sea

que las mate el regocijo.)
¿Y si yo dijera a ustedes
que hace poco que le ha visto
uno que ha vuelto de América,
que es amigo suyo y mío,
y que le ha dejado allí
bueno y sano, y con designio
de volverse por acá;
por fin que se halla aquí mismo,
que yo le he visto y le he hablado?

DOÑA PACA. ¡Don Martín! ¡Juan está vivo!
(No hay duda, Luisa, aquí está.)
¿De veras?

LUISA. ¿De positivo?

DOÑA PACA. ¡Bendito Dios! Conque, ¿fue
mentira lo que se dijo?
Ya tienes padre, hija mía.
¿Pero cómo? ¡Qué delirio!
¡Ay, don Martín, de mi alma!
No puede ser: ¿mi Juan vivo?
¿Pues no murió en el Callao?
¿No lo dijo así aquel chico
alférez que al lado suyo
le vio caer? ¿No han venido
cartas que nos lo afirmaban?
¿Y, en fin, hasta el cura mismo
que me dio la fe de viuda?
¿Y ahora está Renzuelo vivo?
(Vete, Luisa; busca a Eugenio.)

DON MARTÍN. Pues ahora yo le afirmo
a usted que vive don Juan.
(Ya es necesario decirlo
todo.)

DOÑA PACA. *(A* LUISA.*)*
(Salte y que te lleve
adonde pueda ahora mismo.)

LUISA. ¡Ay! Mamá, ¿será verdad?

DON MARTÍN. Y está aquí en Madrid, y ha sido
el que en esta jaranilla
me ha servido de padrino,

DOÑA PACA. ¿Y fue aquel que usted creyó
que era el turco?

DON MARTÍN. Pues el mismo.

DOÑA PACA. *(A* LUISA.*)*
(Vete, Luisa.) *(*LUISA *se echa a llorar.)*
¡Cómo llora,
la pobre de regocijo!
(Me lleva el demonio, vete.)

DON MARTÍN. Y ahora ya con su permiso
me casaré con mi Luisa.

Vamos, ya papá está vivo.
No llore usted; ese llanto
(Tomándole las manos a LUISA.*)*
yo lo enjugaré, ángel mío;
y no pasa de mañana,
mañana, sí, verifico
mi casamiento. *(A* DOÑA PACA.*)* Esta noche
verá usted a su marido.

DOÑA PACA. *(Con sobresalto.)*
¿Y si él me desprecia y no
quiere hacer la paz conmigo?

DON MARTÍN. Eso queda de mi cuenta;
yo ya sé cómo avenirlo
a todo.

DOÑA PACA. No vuelvo en mí...
¿Quién dijera?

DON MARTÍN. *(A* LUISA.*)*
Vaya, un mimo
de usted pondrá todo en orden;
pero ¿por qué esos suspiros?

LUISA. ¡Ay! Calle usted, que no puedo
hablar; ¡siento un sudor frío!...

DON MARTÍN. La sorpresa.

DOÑA PACA. ¿Y dónde está?

DON MARTÍN. Yo voy a verle ahora mismo.
Está aquí en este café
del lado.

DOÑA PACA. ¡Oh, Dios! He sentido
la campanilla; él será.

DON MARTÍN. *(Asomándose a la puerta.)*
Él es.

LUISA. *(Corre precipitadamente a la alcoba.)*
¡Él es!

DOÑA PACA. ¡Qué martirio!

EUGENIO. *(Abre la puerta y mira.)*
¡Qué bulla! ¿Qué es? ¡Aquí vienen!
Cierro, que me mira el tío. *(Cierra.)*

DON MARTÍN. Huyan ustedes; escóndanse
ahí en la alcoba.

LUISA Y DOÑA PACA. *(Empujando la puerta.)*
¡Eugenito!
*(*DOÑA PACA *y* LUISA *gritan y huyen por la puerta del fondo.)*

DON MARTÍN. *(Volviendo.)*
Que viene.

ESCENA X
DON MARTÍN, EL CORONEL

DON MARTÍN. Le cuento todo,
y así me caso tranquilo.

(Entra EL CORONEL.*)*

CORONEL. Hombre, te marchaste tú;
don Carlos fue por la capa;
me dejasteis hecho un zote
y así, me he vuelto a tu casa.
Noto que estás pensativo;
¿qué haces ahí hecho una estatua?

DON MARTÍN. Tú, Juan, eres hombre honrado;
debes perdonar las faltas
a quien las tuyas perdona;
por ley divina y humana
estás obligado a eso.

CORONEL. ¿De cuándo acá, Martín, hablas
corno padre de misión?
Explícate, pues. ¿Qué faltas
son esas? A nadie debo;
ninguno me debe nada;
ni ofendido ni ofensor,
espero tomar venganza;
sin parientes en el mundo,
ni me ríen, ni me ladran.
Con que un hombre como yo,
solo...

DON MARTÍN. Mide tus palabras,
que tal vez te está escuchando
quien pudiera contrariarlas.

CORONEL. ¿A que eres tú, Barandilla?
Pues mira, están perdonadas,
y ahorrémonos el trabajo
de decirlas y escucharlas.

DON MARTÍN. Tú nunca me has ofendido
más que en algunas palabras,
como...

CORONEL. ¿Y a quién con las obras?

DON MARTÍN. A gentes más allegadas;
examina bien, Renzuelo,
toda tu vida pasada,
y mide con juicio recto
las relaciones que te atan
a la sociedad; entonces
socorre con mano franca
los seres a quien privaste
del fruto que les tocaba.
Piensa, Juan, piensa en los tiempos
de tus mil calaveradas,
que la mancha de tu vida
ahora puedes borrarla,
y probarás las dulzuras
que te tengo reservadas.
Mira, Juan, que no es a mí

a quien debes y no pagas.
CORONEL. ¿Pues a quién demonios debo?
¡Qué seres ni calabazas!
¿Ni qué examen de conciencia
para encontrar una mancha?
¿Qué relaciones son esas,
ni qué mil calaveradas?
Revienta.
DON MARTÍN. Tú ya me entiendes;
pero eres terco, y te aguantas.
CORONEL. Perdemos las amistades
si no te explicas.
DON MARTÍN. Pensaba,
mi querido Juan Renzuelo,
merecerte más confianza.
Antes que te las presente
prométeme perdonarlas.
CORONEL. Martín, ¿qué misterio es éste?
Repito están perdonadas.
DON MARTÍN. Yo pensaba sorprenderte
con mi nueva desposada,
para que el gozo del día
te hiciese olvidar la causa
que te obligó, con razón
o sin ella, a abandonarlas;
pero viendo es imposible
que en silencio se efectuara
este plan...
CORONEL. O tú hablas griego
o estoy, Barandilla, en Babia.
Hombre, ¿por qué me enjaretas
esa relación tan larga,
sin pies ni cabeza, pero
que a mi ver nunca la acabas?
DON MARTÍN. Juan, extraño la frescura
con que mientes en mis barbas.
CORONEL. Martín, ¡vive Dios!, te mato
o me dices de quién hablas.
DON MARTÍN. ¿Las perdonas?
CORONEL. Voto a sanes;
digo que están perdonadas.
DON MARTÍN. ¿Me das una?
CORONEL. Y también dos.
DON MARTÍN. ¿Perdonas a doña Paca?
CORONEL. Pues haz cuenta, Barandilla,
que hasta ahora no has dicho nada.
DON MARTÍN. ¿Cómo que no? Tu mujer
y tu hija desdichada,
las dos, a no ser por mí,
ya estuvieran enterradas.

Pero si las niegas, Juan,
si tienes tales entrañas
que niegas a una hija tuya...

CORONEL. Cuidado que estás machaca
¡Qué hija ni qué demonio!

DON MARTÍN. Hasta a las fieras ablanda
el llanto de sus cachorros;
¿será tan dura tu alma
que al llanto de la inocencia
se cierre, y en la desgracia
mires tu esposa y tu hija
sin querer, no ya auxiliarlas,
siquiera reconocerlas?

CORONEL. ¿Tienes mi familia en casa?
(Está loco, y su manía
será preciso aguantarla.)

DON MARTÍN. ¡Hola! Conque, ¿ya confiesas?
Aquí están.

CORONEL. ¡Quiero abrazarlas!

DON MARTÍN. Yo lo más que puedo hacer
es ayudarte a buscarlas.

(Va hacia la alcoba y abre.)

¡Canario! ¿Dónde se han ido?

CORONEL. Martín, ya basta de chanza,
que yo no tengo mujer.

DON MARTÍN. ¿Ya vuelves a las andadas?
¡Renzuelo!(Voy al retrete
que allí están, y me olvidaba.)

(Vuelve a la alcoba y supone que detiene a DOÑA PACA, *que iba a escapar.)*

CORONEL. Vaya, no hay duda, está loco.

DON MARTÍN. *(Dentro.)*
¿Dónde va usted, doña Paca?
Ya el hombre está arrepentido:
vamos a abrazarle.

CORONEL. ¡Calla!

DON MARTÍN. No se me resista usted,
doña Paca; vamos, vaya.
¿Lo ve usted, buena señora?
Más blando está que una malva.
Yo y mi madre te pedimos,

(Se arrodillan delante del CORONEL.*)*

rendidos aquí a tus plantas,
que la perdones, y que
me des tu bendición santa
para casarme con Luisa.

CORONEL. ¡Mi bendición! Pues tomadla,
caballero, yo os la otorgo.

DON MARTÍN. *(Tirándole de la mano a la vieja.)*
Hínquese usted, doña Paca.

CORONEL. ¿Y esta señora es mi esposa?

DON MARTÍN. *(Levantándose.)*
¿Tendrás valor de negarla
como tal en su presencia?
CORONEL. ¿Y es con ésta con quien casas?
DON MARTÍN. No te burles, Juan.
CORONEL. ¿Y usted
para engañar a este maula
se ha servido de mi nombre?
DON MARTÍN. Háblele usted, doña Paca;
confúndale usted; ¿qué hace
usted, sin hablar palabra?
(En este momento entra EUGENIO, *haciendo abrir de golpe la puerta que va a la escalera y corriendo precipitadamente.)*

ESCENA XI
DON MARTÍN, EL CORONEL, DOÑA PACA., EUGENIO

EUGENIO. Aquí está; caí en el lazo;
(Va a huir por otro lado y tropieza con DON MARTÍN.*)*
me persigue la desgracia.
DON MARTÍN. *(Deteniéndole por el brazo.)*
¿Dónde vas, demonio, dí,
o te echo por la ventana?
DOÑA PACA. (Los cogieron. ¡Ay mi Luisa!)
CORONEL. *(Atónito.)*
Este ha salido por magia.
EUGENIO. Suelte usted, suelte usted, tío;
¡ay!, ¡ay!, que he perdido el habla.
DON MARTÍN. Maldito, dime, ¿en qué enredos,
en qué peloteras andas?
EUGENIO. Yo no, por culpa de Luisa...
DON MARTÍN. ¡Qué Luisa ni qué azofaifas!
EUGENIO. Sí, señor, por Luisa ha sido.
DOÑA PACA. (¡Ay, hija mía de mi alma!
Este loco va a acabar
de perdernos.)
CORONEL. ¿En qué danzas
andas metido, Martín?
DON MARTÍN. El demonio que las arma
con este maldito aquí.
Dí *(A* EUGENIO.*)*, Lucifer, ¿de quién hablas?
¿De qué Luisa?
EUGENIO. De la hija
de... Yo, que me la llevaba
porque ella me dijo...
DON MARTÍN. ¡Infame!
Yo te he de romper el alma.
CORONEL. Pero déjale que hable.
(Entra DON CARLOS *con* LUISA, *toda demudada y contra su voluntad.)*

ESCENA XII
DON MARTÍN, EL CORONEL, DOÑA PACA, EUGENIO, DON CARLOS, LUISA

DON CARLOS. Esta señorita estaba
en el portal con Eugenio;
que trataba de llevarla
a dar un paseo nocturno;
y Eugenio, como se espanta
de cualquier cosa...
DON MARTÍN. ¡Tunante!
EUGENIO. Señores... yo...
CORONEL. Martín, basta;
deja al señor proseguir.
(¡Madre e hija, par de maulas
más completo!)
DON CARLOS. Pues prosigo.
Dejó Eugenito a su dama,
se aturdió y echó a correr;
yo, viendo a Luisa asustada,
la he hecho volver, aunque creo
que esta vuelta no la agrada.
DON MARTÍN. *(Volviéndose a* DOÑA PACA.*)*
¿Y qué quiere decir esto,
doña Paca o doña diabla?
DOÑA PACA. *(Con enfado.)*
Yo no sé.
EUGENIO. *(Muy desesperado y meneando la cabeza.)*
¡Por vida de...!
DON MARTÍN. Explíquese usted. ¡Caramba!
DOÑA PACA. Ambrosio tiene la culpa,
y para hacer cuentas claras,
quiere decir que yo soy
una mujer desgraciada.
DON MARTÍN. ¿Pero es éste su marido?...
CORONEL. ¿Qué marido? Martín, calla;
estas señoras querían
ver el fondo de tus arcas,
y se han engañado bien.
DON CARLOS. Sucedió lo que pensaba.
EUGENIO. ¡Por vida de...!
LUISA. ¡Madre mía!
DOÑA PACA. Ya no hay más que pecho al agua.
DON MARTÍN. Si no pierdo la cabeza...
Ese Ambrosio, ese canalla,
¿dónde está, que es el autor
sin duda de estas patrañas?
¡Ambrosio, Ambrosio! ¿No oyes?
CORONEL. Déjate un momento, aguarda,
que voy a buscarle yo.
(Vase.)

Librodot

DON MARTÍN. ¡Jesús, Jesús, qué jarana!
¿Pero a dónde iba usted, Luisa?
LUISA. Perdone usted...
(Yéndose a poner de rodillas.)
DOÑA PACA: *(Deteniéndola.)*
Hija, calla;
vamos de aquí, ven conmigo.
(Con ironía y descoco.)
Señor don Martín, mil gracias.

ESCENA XIII

DON MARTÍN, EL CORONEL *(trae cogido de una oreja a* AMBROSIO*.)*, DOÑA PACA, EUGENIO, DON CARLOS, LUISA, AMBROSIO

CORONEL. ¡Galopín!
DON MARTÍN. Pícaro, díme...
DON CARLOS. Veamos esta maraña
hasta dónde va a parar.
DON MARTÍN. ¿Dí?...
CORONEL. Desembrolla esta trama:
dí, ¿quién son estas mujeres?
AMBROSIO. (Me perdió mi confianza;
cuando ya me iba a escapar
me echaron el guante.)
DON MARTÍN. Habla.
CORONEL. Y si no, te doy tormento.
AMBROSIO. Son madre e hija; dos damas...
DON MARTÍN. Sigue, pillo; dí quién son,
o te hago echar a las armas.
AMBROSIO. Son hija y mujer de un hombre
que sirvió a un Grande de España,
y se llamaba Renzuelo
como este señor se llama.
DON MARTÍN. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza, eh?
Fuera al punto de mi casa.
¿Qué dirán de mí en Madrid?
Mañana me escapo a Francia.
LUISA. ¡Ay! ¡Perdón!
DOÑA PACA. Fuera, sí, vamos;
repito que muchas gracias.
(Hace ademán de irse, y DON MARTÍN *la agarra fuertemente de un brazo para detenerla.)*
DON MARTÍN. Aquí, bruja, vieja infame,
que te vas con las alhajas.
CORONEL. Déjalas ir.
DON MARTÍN. Me costaron...
CORONEL. Déjalas ya que se vayan.
(Vanse.)
AMBROSIO. Yo, señor, pido perdón
a vuecencia de mis faltas.

EUGENIO. ¡Por vida de!... Me atraparon.
¡He perdido una muchacha!

DON CARLOS. ¿Lo ves, Martín, cómo tuvo
el fin que yo te anunciaba?

CORONEL. Barandilla, ten presente
esta lección, aunque amarga.
«Viejo que casa con niña
o lleva víctima, o maula.»

FIN